

ESTUDIOS HISTORICOS.



(Francisco I, rey de Francia.)

PORMENORES SOBRE LA BATALLA DE PAVIA

Y PRISION

DEL REY DE FRANCIA FRANCISCO I.

(Continuacion.)

III.

En las inmediaciones de Pavia; como á legua y media de distancia, habia entonces un rico monasterio de cartujos bajo la advocacion de San Lanfranco, desde el cual se extendia por mas de una legua una fértil dehesa llamada la Certosa hasta unirse con el parque de Pavia. Esta dehesa estaba por una parte rodeada por el rio Grabalon, que cerca de la ciudad se une al Tesin, y por la otra, de un muro de cal y ladrillo, alto algo mas que una pica, y bastante fuerte. En el centro de dicho parque se veia una deliciosa casa de recreo llamada Mirabel defendida

25 de junio de 1546.

por un foso bastante profundo y lleno de agua. Gran parte de esta dehesa estaba ocupada por el ejército francés, y todo el terreno de las inmediaciones estaba tan cultivado, tan lleno de arboledas y viñas, que no se hallaba ningun punto donde se pudiesen verificar las maniobras indispensables para una batalla. En consecuencia Pescara se convenció de que solo podia pelear con los franceses dentro de la Certosa, y tomada esta resolucion, comenzó á dirigir sus operaciones á este objeto.

El capitan Santa-Cruz antiguo gefe de arcabuceros, y el capitan de piqueros Salcedo, fueron encargados por el marqués, de marchar con sus compañías á lo mas apartado del campo francés, y derribar del muro de la dehesa un trecho bastante para que el ejército pudiese entrar con desahogo, pero encargándoles lo derribasen con el menor ruido posible, y para que no fuesen sentidos y llamar la atencion del enemigo, ordenó que por otros puntos hiciesen mucho ruido con los tambores y armas mientras se practicaba la brecha.

Apenas cerró completamente la noche dió orden Pescara para que todos sobre las armas, y sobrevistas se pusiesen una camisa blanca, cosidas las mangas á los codos, y

TOMO IV. 46

sujetas por la cintura y sobre ellas una banda de tafetan encarnado. Uniformado todo el ejército de este modo, á las diez de la noche se encaminó al punto por donde abrian la brecha, pero aunque habian trabajado mucho, la pared era tan fuerte que tuvieron que esperar hasta cerca del alba, á cuya hora quedó abierto boquete bastante para el efecto. La noche era oscura y fria en extremo, y era tal el convencimiento que tenian los soldados del grave peligro que iban á acometer, tal la resolucion que tenian hecha de morir peleando, que mientras esperaban á que estuviese practicable la pared de la dehesa, se confesaban con los capellanes de las compañías y demás eclesiásticos que seguian al ejército, disponian sus testamentos, y se despedian de sus amigos y camaradas como si jamás hubieran de volverse á ver.

Pescara se quedó el último en el campamento y luego que salió de él todo el ejército le prendió fuego, y las tiendas y chozas comenzaron á arder por todas partes. Al ver los franceses el incendio del campo abandonado, creyeron que los imperiales huian, y el rey mandó, que todos estuviesen prontos para seguir al amanecer el alcance del enemigo, á quien pensaba destruir completamente ó al menos arrojarle de todo el estado de Milan. Pero se engañaba; mientras sus numerosos escuadrones se preparaban para acuchillar al enemigo en su retirada, Pescara al frente de cinco banderas de españoles y otras tantas de tudescos habia penetrado en la dehesa, y al amparo de los árboles habia podido observar sus movimientos. Durante los primeros crepúsculos vió que el ejército francés abandonados sus fuertes y trincheras, estaba todo en un llano, con la artilleria y municiones enganchadas, y todo á punto de marcha. Entonces volvió á los suyos, mandó entrar todo el ejército dentro de la dehesa, y que cada nacion (con el fin de que cada una procurase aventajarse en aquella jornada) formase un escuadrón separado escepto los italianos que por ser pocos quiso que se uniesen á los españoles; pero ellos le dijeron, que le suplicaban les dejase pelear solos, porque si la batalla se perdía á ellos se echaria la culpa, y si se ganaba la gloria seria de solos los españoles; por lo tanto que cada nacion separadamente se esforzase en mostrar valor y ganar honra. Pareció bien al marqués este pundonoroso orgullo, y les permitió pelear solos.

Aunque á costa de parecer difusos no queremos omitir la pintura de los trages y disposicion del ejército que hace don Prudencio Sandoval, porque ella da á conocer algo de las costumbres militares; y el extraordinario lujo de aquella época. La gente de armas se dividió en tres pequeños escuadrones, el de vanguardia que se componia de unas 300 lanzas, llevaba en medio sus estandartes y delante seis trompetas vestidos de encarnado y amarillo con banderetas de tafetan encarnado y en ellas las armas imperiales. La mandaba como general en gefe el virey de Nápoles, cuya armadura era dorada y blanca y en el almete un magnífico penacho colorado y amarillo. Cubria sus armas con un rico sayo de brocado y raso carmesí y montaba un brioso caballo ruano muy bien encubertado y con la misma divisa.

El segundo escuadrón de 200 lanzas lo mandaba el duque de Borbon, cuyo trage era un sayo de brocado sobre un arnés blanco sin otra divisa. Le acompañaba el joven marqués del Vasto, uno de los mas galanes y apuestos donceles de su tiempo; su armadura era de veros dorados y azules muy bien labrados; en el almete una hermosa pluma blanca y encarnada; el sayo sobre las armas de tela de plata, y sobre todo una finísima camisa con el collar de perlas y otras piedras de valor. Montaba un caballo castaño oscuro con las cubiertas de igual riqueza y divisa.

Al frente del tercero de otras 200 lanzas, y que formaba la retaguardia iba Hernando de Alarcon, bien armado y con sobrevestido de terciopelo negro, sin otra divi-

sa. Todos los demás gefes y oficiales habian tambien procurado ataviarse con el esmero y lujo correspondiente á su clase, de modo que á no ir todos encamisados hubieran parecido dispuestos para un lujoso torneo, mejor que para una batalla sangrienta.

A un mismo tiempo comenzaron á marchar estos escuadrones en la direccion del enemigo, y el marqués de Sant-Angelo con 400 caballos ligeros, partió á tomar la casa de Mirabel, que dijimos estaba situada en medio de la dehesa, (1) lo cual practicó con acierto porque al momento quedó por dueño de ella arrojando los enemigos que la ocupaban. La infanteria, que iba delante de todos, se componia de 6,000 españoles á cuya cabeza iba el valiente Pescara, armado tambien como infante sin mas divisa que sus acostumbradas calzas de grana y jubon de raso carmesí, sobrepuesta una rica camisa bordada de oro y perlas, y montado en su famoso caballo tordillo, llamado el Mantuano; y de 12,000 alemanes mandados por su coronel Micer Jorge, que por su devocion á San Francisco llevaba sobre su armadura y camisa una capilla de fraile, con lo cual estaba una figura grotesca. Los capitanes Cesarco y Capapoda iban con sus 2,000 italianos encargados de custodiar la artilleria que solo consistia en seis piezas y algunos costales de municiones que conducian en unas yeguas.

Apenas los primeros rayos del sol comenzaban á iluminar el horizonte, quando los imperiales vieron venir contra ellos los escuadrones franceses, tan pertrechados y en orden, tan superiores en número que su vista sola hubiera bastado á poner en huida á capitanes menos valientes que los que mandaban el campo imperial. Pescara se detuvo un momento para arengar á sus soldados á quienes persuadió, que el rey de Francia habia mandado que no se diese cuartel á los españoles, lo cual produjo en aquellos valientes soldados tal indignacion, que al momento comenzaron á jurar de no tomar francés á vida, y morir mil veces antes que rendirse. Satisfecho el marqués de la resolucion de sus soldados, observaba con cuidado los movimientos del ejército enemigo que ya llegaba muy cerca.

Venia en el flanco izquierdo Mr. de Alenson al frente de 500 hombres de armas, defendidos por 3,000 esguizaros. Mas al centro venia otro escuadrón de 2,000 lanzas gruesas para defensa de el rey, don Enrique de Labrit (titulado rey de Navarra) el principe de Escocia, el almirante de Francia, y mas de sesenta principes de la primera nobleza, tan lujosamente ataviados en sus armas, vestidos y caballos, que en su comparacion el campo imperial era un ejército de pobres. Seguía á este un cuerpo de 15,000 hombres de infanteria alemana, llamados los de la Banda negra, que se estendian en ala por toda la llanura; completando la retaguardia 10,000 esguizaros, 15,000 italianos, y 10,000 infantes franceses, llamados frantopines. Habian quedado además en guarda del campamento, y para evitar que los de Pavia hiciesen una salida, mas de 10,000 italianos y franceses.

Apenas llegaron á tiro se abrió el ejército francés, y dejó pasar delante su buena y numerosa artilleria, que consistia en treinta piezas gruesas sin otras muchas de campaña, é hicieron una descarga contra los imperiales, de que murieron algunos infantes y hombres de armas. Pescara entonces mandó á sus españoles desfilas de flanco dejando al enemigo á la izquierda, y tomando dos cañones fué á situarse en la casa de Mirabel, para desde un alto inmediato dominar al enemigo y herirle al soslayo, pero su determinacion fué infructuosa, porque al primer tiro se espantaron las yeguas que llevaban las municiones y escaparon sin que pudiesen contenerlas, de modo que no

(1) El maestro Valles en su vida del marqués de Pescara dice que el encargado de tomar á Mirabel fué al marqués del Vasto. L. mismo asegura Pedro Megia en su historia del emperador Carlos V.

pudo disparar mas que los dos tiros que llevaban cargados, y luego tuvo que abandonar los cañones.

Al mismo tiempo Mr. de Alenson al abrigo de unos árboles se corria por detras del ejército para cortar la retirada, cuando encontró con los 2,000 italianos que conducian la artilleria. Su capitán Capapoda quiso replegarse, pero su alférez le dijo: *mi capitán no es ahora tiempo de buscar seguridades para los que mas quieren honra que vida. Acordaos que para este día os ha pagado el emperador muchos años, por tanto no os mudeis de donde estais, sino tened por cierto que el primer picazo que diere será en vos.* A este tiempo cayeron los enemigos sobre ellos con tanta furia, que aunque resistieron con valor, y causaron al enemigo tanto daño que aquel cuerpo de ejército ya no volvió á entrar en batalla, fueron completamente desbandados, y muertos ó heridos la mayor parte. Los franceses se apoderaron de los cañones y volviéndolos los dispararon contra el campo imperial, gritando al mismo tiempo: ¡victoria... victoria... Francia!

Quando el virey oyó las voces de los enemigos cuasi á su retaguardia, y vió perdida la poca artilleria con que contaba, se creyó enteramente perdido, y mandó al capitán Aguayo, que volase á decir al de Pescara que se metiese y fortificase en Mirabel. Conoció el marqués que lo que se le mandaba era un desacierto muy trascendental, porque metido allí no tendria mas remedio que rendirse, ó quedar enterrado en las ruinas de la casa, que para los enemigos seria cosa de un momento el derribarla teniendo tanta y tan buena artilleria. Contestó pues al enviado: *decid al virey, que sin mas esperar el daño que la artilleria hace en la gente de armas, acometa y rompa á los enemigos, que yo me hallaré al punto en la batalla.* Imposible parecia al virey hacer lo que Pescara indicaba y así volvió á mandar al capitán que le dijo: *el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel, pues lo demás seria buscar la muerte á sabiendas:* despedido el valiente marqués con este nuevo mandato contestó con energia, *decid al virey que acometa á los enemigos, y puesto que la muerte tambien alcanza á los que huyen, mas vale buscarla con honra, que huir con perpetua infamia;* y al concluir las ultimas palabras ya habia echado mano á la espada y montado en su leal Mantuano se lanzaba contra el enemigo. Este valor á toda prueba salvó en aquel momento al ejército imperial que comenzaba á desalentarse, porque el virey viendo la energia y valor de Pescara, se volvió á sus soldados y les dijo: *señores, aquí no hay que esperar mas que en Dios, por tanto os ruego que me sigais, haciendo como yo haré,* y despachando avisó al duque de Borbon y á Alarcon para que acometiesen, hizo sobre sí la señal de la cruz, y puesta la lanza en ristre, se arrojó en medio de los escuadrones franceses.

A esta sazón Francisco I discurría por entre sus brillantes escuadrones como felicitándose de la victoria que creia en su mano. Montaba un brioso caballo rucio, lujosamente enjaezado, y sobre su brillante armadura vestia un sayo de terciopelo morado y brocado; y bordadas en los escaques muchas F. F. cambiando el color, esto es sobre terciopelo brocado, y al contrario, con magnífica cordonadura de oro y seda morada. En el almote traía un arrogante penacho amarillo y morado, cuyas caídas llegaban hasta las ancas del caballo, de en medio del cual salía una pequeña bandereta, en la que habia bordada una salamandra en el fuego, encima una F. dorada y al rededor el lema: *ista vice et non plus: esta vez y no mas.* Iban á sus lados los principes de Navarra y de Escocia, cubierto el primero de ricas armas doradas con sobrevestas de costoso brocado verde, sembrado de esferas doradas, y el caballo encubertado de terciopelo pardo con fajas de oro; y el segundo, joven hermoso de solos 18 años, cubria sus armas con un sayo de brocado, lleno de cruces blancas, y á su cuello un rico joyel pendiente de una gruesa cadena de oro.

Se hallaba animando á los artilleros que hacian un fuego espantoso contra los imperiales, cuando notó el movimiento del virey y de los demas generales. Entonces vuelto con aire de satisfaccion á los suyos les dijo: *ca caballeros, pues esta gente viene como buenos á buscarnos, razon será que como tales los salgamos á recibir,* y en seguida ordenó al principe de Navarra, que con Mr. de la Palisa, el conde de San Pol, y el mariscal de Montmorency se adelantasen con la vanguardia. Cargaron contra el virey cuando ya sus hombres de armas estaban haciendo prodigios de valor, y unos y otros puestas las lanzas en ristre, y al grito los unos de Francia; Santiago y España los otros, se comenzaron á batir con desesperacion. Las voces confusas de los combatientes, el crujir de las armas, el romper de las lanzas, los golpes desmesurados de las espadas y hachas, el relincho de los caballos y caídas de los caballeros, formaban un ruido espantoso y horrible, que como el rugido de la tempestad se extendia por toda la llanura.

Con satisfaccion veia Pescara, que se hallaba ya junto al escuadron, el valor de sus compañeros, pero conociendo que el mayor número de franceses iba á abrumarlos gritó á sus españoles: *socorramos á nuestros hombres de armas que pelean como buenos, y si reciben daño será por que pelean uno contra tres; capitán Quesada, volad con vuestra compañía en su auxilio.* No habia pronunciado la orden, cuando el intrépido Quesada, vestido un cuero de ante con mangas de malla, calado el morrion, sobrepuerta su camisa y cruzada la banda roja, caminaba con el arcabuz en la mano al frente de doscientos arcabuceros, y se metia en medio de los combatientes. Estaban estos tan confusamente mezclados, que los arcabuceros tuvieron que acercarse mucho para distinguir á los enemigos, pero en descubriendo alguno con cruz blanca, ó sin camisa sobre las armas, le disparaban á quema ropa dando con el en el suelo. El repentino estruendo de los arcabuces, el humo que levantaron, y las heridas que causaban, espantaron los caballos enemigos en términos, que muchos se salieron de la batalla desmandados, sin que sus dueños pudiesen contenerlos. Los arcabuceros discurrían por entre los caballos sembrando por do quiera la muerte, pues recordando las palabras de Pescara no daban cuarteles á nadie. Mr. de la Palisa estaba ya rendido al capitán Chuchar á quien prometia 20,000 ducados de rescate, pero fue implacablemente fusilado por un arcabucero que llegó en el acto; el almirante de Francia y todos los que se distinguían por sus brillantes armaduras ó ricos trages fueron las primeras víctimas que los españoles inmolaron á su furor.

Ya á este tiempo se habia generalizado la batalla, y el mismo rey peleaba con denuedo entre sus soldados para animarlos con su ejemplo. El marqués de Civita de Sant-Angelo, que habia descuidado llevar cadenas en el freno, se encontró sin poder mandar al caballo porque le habian cortado las bridas. El fégoso animal le metió en medio de sus enemigos, pero el valiente marqués conociendo su desgracia, trató de vender cara su vida, y con una pesada maza de hierro, que era su arma ofensiva, descargaba golpes mortales por do quiera, hasta que llegó á encontrarse con el mismo rey, el cual puesta en ristre una gruesa lanza que llevaba, acometió al marqués que no pudo declinar el golpe y cayó traspasado á los pies del monarca.

Todavía Pescara no habia tomado parte en la batalla, y contenía con trabajo á sus españoles que anhelaban dar muestras de su valor; cuando vió dirigirse contra él un grueso y bien ordenado cuerpo de enemigos, pero tan superior en número á los suyos, que temió que les faltase el valor para tan desigual combate. Apelo entonces á su ingenio, y volviéndose á sus infantes les dijo con aire de satisfaccion: *ca, mis leones de España, hoy es el día de matar la hembra que de honra siempre tuvisteis, y para es-*

to os ha traído Dios tanta multitud de pécoras para que os cebeis. Aquel escuadron que hácia nosotros viene son nuestros hermanos de Pavia, que con el mismo deseo de ganar honra han salido, y se vienen á juntar con nosotros. Vamos pues á recibirlos, y unidos con ellos podremos á nuestro salvo revolver sobre nuestros enemigos. Dicho esto redobló el paso en direccion del enemigo seguido de sus soldados, que cuando creian encontrar á sus compañeros se hallaron cuasi encima de los quince mil tudescos llamados los de la Banda negra. Los esforzados españoles conocieron entonces que se habian metido entre un escuadron tres veces mayor que el suyo, pero era ya imposible retroceder sin mengua, y esto es lo que habia querido Pescara, comprometer á sus soldados á pelear no obstante la enorme desigualdad de fuerzas, y como si él tambien se hubiese engañado exclamó: ¡oh cuerpo del mundo! engañados veniamos que enemigos son. Todo el mundo hincadas las rodillas haga oracion, y nadie se levante hasta que yo lo diga. Todos imitaron á su general y esperaron la llegada de los enemigos, que prepararon sus picas, y pusieron delante 200 arcabuceros, que antes de hacer fuego imitaron á sus contrarios y puestos de rodillas hicieron una breve oracion, y en seguida, una descarga, pero con tal aturdimiento, que no hirieron ni mataron á ninguno. Se retiraban precipitadamente á su escuadron para volver á cargar, cuando el marqués gritó con brio; *Santiago y España, á ellos que huyen*, y al mismo tiempo seiscientos arcabuceros comenzaron á disparar con tal acierto y prontitud, que los enemigos no pudieron defenderse. A proporcion que se agolpaban para darse auxilio caian traspasados por las balas de los españoles, en tan crecido número, que las picas cayendo unas sobre otras, parecian un grande campo de trigo troncado por el furioso huracan, ó por una manga de piedra, y antes de un cuarto de hora, los coseletes de la vanguardia francesa, que pasaban de cinco mil, habian desaparecido enteramente, y sus cadáveres cubrian el campo de batalla. El animoso Pescara conociendo que el poderoso escuadron de la Banda negra comenzaba á desorganizarse por el fuego de sus arcabuces, juzgó que su completa destruccion consistia en no dejarlos rehacer, y como un rayo se lanzó en medio de ellos descargando golpes terribles con su espada, y llevando por do quiera el terror y la muerte, llevando su ardor hasta el extremo de separarse de sus soldados que le perdieron de vista.

Mientras él hacia prodigios de valor entre sus enemigos, algunos soldados que habian reconocido sobre el campo el cadáver del marqués de Civita de Sant-Angelo, comenzaron á decir que el marqués habia muerto, sin designar cual. Esta voz que llegó á los oídos de los españoles los embriagó de furor, creyendo que el muerto era su idolatrado general, y juraban vengarle atrozmente, cuando vieron conducir herido al valiente capitan Pedro Fernandez de Quesada, que despues de haber auxiliado con tanto acierto al escuadron de hombres de armas, habia caído sobre la artilleria, inutilizando la mayor parte de ella y dando muerte á los que la defendian. Entonces como tigres se arrojaron sobre los enemigos, destruyendo á cuantos se les ponian por delante, de modo que el famoso escuadron de la Banda negra quedó cuasi enteramente derrotado. (1) Se estaban cebando en ellos los irritados españoles, cuando algunos de ellos dieron un grito de alegría al ver salir

de en medio de los enemigos á Pescara, cubierto de gloriosas señales de su valor y sus triunfos. Su espada y sus vestidos estaban manchados de sangre, su armadura llena de señales de los golpes de las espadas y lanzas, traía una pequeña herida de pica junto á la nariz, otra en la mano derecha, y un tiro de arcabuz en medio del pecho. Tambien su caballo Mantuano habia recibido una grande herida en las quijadas, y otra en el vientre, y oyéndole relinchar el marqués dijo: ¡ah Mantuano, ese es el cantar del cisne, pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarle la vida! y en seguida volviéndose á sus soldados, que le habian rodeado llenos de entusiasmo les dijo: *ea amigos, nadie descanse, pues el tiempo no da lugar á mas que á seguir la victoria que Dios os ha dado; pero la batalla y yo acabaremos juntamente porque vengo mal herido de un arcabuzazo por los pechos*. Sus fieles soldados llenos de sentimiento, lo apearon del caballo, pero su alegría fué inesplicable cuando comenzándole á desarmar, encontró su gentil hombre, Antonio de Vega, la bala entre el coselete y la carne. Entonces conoció que el calor de la bala le habia hecho creer que la tenia dentro del cuerpo y lleno de gozo se volvió á armar, tomó otro caballo y tornó de nuevo contra los enemigos.

Ya á este tiempo la victoria se habia declarado en todo el campo contra los franceses, y el resto del escuadron de la Banda negra hizo un movimiento semicircular para unirse al grueso del ejército, pero se encontró con los arcabuceros de Quesada que acabaron de desordenarlo. Francisco I viendo su gente de armas desbaratada, que su artilleria habia callado, y que el fuerte escuadron de la Banda negra huía en completa derrota, quiso hacer un esfuerzo con los esguizaros, pero estos estaban ya acobardados, y aunque consiguió moverlos á duras penas, una manga de arcabuceros los hizo retroceder. Sin embargo volvieron á rehacerse y unidos á los escuadrones italianos y frantopines cargaban á los españoles, cuando otra manga de arcabuceros los acometió por el flanco, y logró cortar el escuadron al mismo tiempo que los españoles les dirigieron de frente un fuego tan sostenido y mortífero, que aunque algun tiempo resistieron con valor, por fin comenzaron á huir en la direccion del rio Tesin.

Desgraciadamente Antonio de Leiva se hallaba gravemente enfermo y no podia auxiliar como quisiera á sus compañeros de armas, pero siñ embargo se hizo conducir en una silla hasta la puerta de la ciudad, y desde allí dirigió á sus soldados con tanto acierto, que los italianos que guardaban el campamento francés no pudieron moverse de allí (1).

Ni los esfuerzos del capitan Guevara, que situado en el puente del Tesin procuraba detener á los fugitivos, para ver si lograba rehacerlos; ni el ejemplo y valor del monarca francés que peleaba con desesperacion y los animaba á volver caras, pudieron ya conseguir que los soldados se defendiesen; por todas partes corrian aterrados y acosados por los imperiales, que los perseguian de cerca haciendo en ellos una horrible carniceria; por todas partes se gritaba ya *victoria por el emperador Carlos V!* El ejército francés poco hace tan brillante y orgulloso, no conocia mas medio de salvacion que la fuga.

JOSÉ QUEVEDO.

(1) Mr. Robertson añade que los suizos olvidados de la reputacion de valor y fidelidad que su nacion habia adquirido, abandonaron cobardemente el puesto

(1) Robertson dice: que Leiva hizo una salida con su guarnicion, y en lo mas empeñado del combate, atacó la retaguardia de los franceses con tanta furia, que la desordenó completamente.

(Se continuará.)

GLORIAS DE ESPAÑA.



(Doña Sancha a los pies de don Sancho de Leon.)

LA CONDESA DE CASTILLA.

I.

Temido y respetado el célebre Fernán González, conde de Castilla á causa de sus recientes victorias, no solo contra los infieles, sino contra los principes comarcanos envidiosos de su fortuna, disfrutaba en el año 939 uno de aquellos intervalos de paz, que tan escasos fueron en la serie de sus batallas y conquistas. Sentía el conde la ne-

cesidad de retirarse por algun tiempo del bullicio de las armas, así para atender al fomento y esplendor de Burgos, nueva capital de su independiente estado, como para disfrutar las primicias de su último enlace con doña Sancha, hermana del rey de Navarra y mujer que por todos títulos justificaba la tierna pasión que al conde habia sabido inspirar.

En una de aquellas horas en que el conde, acaso por la primera vez en su vida, gozaba las delicias de una felicidad doméstica que el guerrero de los campamentos estaba distante de sospechar, vino á distraer su atención el trote de un caballo que penetraba en el patio de las

suntuosas casas donde acostumbraban residir los condes de Castilla, desde que habían hecho á Burgos corte de sus estados. Apareció en breve á la puerta de la estancia un escudero, que adelantándose con su gorra en la mano, entregó al conde un pergamino arrollado, diciéndole, como acababa de traerle un enviado del rey don Sancho de Leon.

Desarrolló el conde el pergamino y despues que le hubo leído, volviéndose hácia el escudero que respetuosamente esperaba en el umbral de la puerta, le dijo:

—Está bien. Mañana al romper el día tendreis los caballos preparados para ir donde el rey de Leon nos llama.

Mientras que el conde decía estas palabras, sea como una prueba de su deferencia ó para prevenir sus preguntas, alargó el pergamino á su esposa; mas apenas doña Sancha hubo pasado la vista por él, exclamó sobresaltada:

—¡Oh! no: no te apartarás de mi lado

—¡Imposible, querida mia! El rey me llama y es preciso obedecer. Van á reunirse las cortes del reino; graves asuntos han de someterse á su cuidado y en ellas es forzosa mi presencia. Solo tan poderosos motivos pudieran separarme de la esposa amada de mi corazón.

—¡Ah! que esta separacion, ademas de la pena que ha de causarme, será tal vez mas larga y mas funesta de lo que imaginas.

—¿Mas, porqué inquietarte así, esposa mia?

—Porque presumo que ese mensaje no sea mas que una vil asechanza para perderte. ¿Acaso tan distantes se hallan los pasados acontecimientos, que nada haya que temer del resentimiento y la cólera de ese rey?

—Yo no encuentro un motivo, que no empañe mi honor, para dejar de concurrir donde éste me llama. Toda negativa por mi parte solo serviría para avivar las sospechas del rey don Sancho y justificar su conducta, dado caso que procediese contra mí; pero, quién sabe?... tal vez solo desea renovar nuestra antigua amistad.

—Plegue al cielo no recibas un tardío desengaño! Acuérdate en tanto de las palabras de tu esposa que sabría participar de él, en caso que algun peligro te amenazase.

No era Fernán Gonzalez hombre capaz de ceder á los ruegos y lágrimas de muger, cuando mediaban poderosas razones de estado en las que se interesaba tambien el crédito de su nombre. Así es que á pesar de las súplicas de su esposa y á pesar de los propios recelos que no podía completamente desechar, partió sin tardanza á donde el rey de Leon le llamaba. Sus sospechas se convirtieron en realidad, cuando al penetrar en el alcazar de aquel altivo rey, vió los patios y galerías llenos de gente armada, en número infinitamente superior á la pequeña escolta que él llevaba.

Ya era entonces tarde para volverse atras, por lo que el conde, conociendo interiormente que su suerte estaba decidida, saltó ligero del caballo y viendo que nadie salía á recibirle, penetró impávido en la cámara real, seguido de dos de sus principales allegados.

Ni aun le dió tiempo el rey don Sancho para que le hiciese el debido acatamiento y cuando el conde se adelantaba para besarle la mano, le mandó poner en prision, desechándole de sí con palabras afrentosas, segun dicen los historiadores. Al veracercarse á los guardias, pusieron mano á la espada los caballeros que acompañaban á el conde; pero este los detubo diciendo:

—Teneos, amigos: la resistencia aqui sería tan costosa como inutil. ¡Que toda la odiosidad de semejante conducta recaiga sobre quien así falta á su palabra real y á la fe de caballero!

Una severa mirada, que dirigió al rey don Sancho fué el único indicio de la cólera y resentimiento del conde, que se dejó conducir tranquilo á su prision.

No era la envidia de los gloriosos triunfos del conde de Castilla, ni una venganza personal las que así precipitaron al rey don Sancho en una accion tan impropia de

su decoro: eran las sugestiones de su madre la reina viuda doña Teresa que profesaba á el conde un odio inveterado de familia y que tal vez hubiera logrado perderle, si don Sancho reconociendo al fin su yerro, no le hubiese borrado despues con tan noble como inesperado proceder.

II.

Mas que las incomodidades y aislamiento de la prision, molestaban al conde de Castilla los recuerdos de su esposa, de sus amigos y leales súbditos. Ya eran pasados algunos dias desde que el rey de Leon le tenia confinado en aquel estrecho recinto y todavia no se le habían declarado las intenciones del irritado monarca. ¿Acaso trataban de vengar en él cruelmente las pretendidas ofensas de familia? ¿Acaso los infieles, eternos enemigos del nombre cristiano habían conseguido seducir y alucinar al rey don Sancho, para hacerle servir traidoramente á sus designios y verse libres de la espada mas terril'e para ellos? En estas conjeturas se perdía el desgraciado conde; pero no era el peligro de su vida, ni la pérdida de su libertad lo que mas le afligia. Verse separado de su esposa, tan bella y tan virtuosa, de aquella muger sensible á la que su sentimiento ó su pasion habia revelado de antemano lo que estaba sucediendo. Oh! este recuerdo le traspasaba el corazón.

Pero en tanto que el conde se abandonaba de esta suerte á sus tristes reflexiones y que con mas horror se le representaban sus penas, el cielo le preparaba unos momentos de felicidad inefable, que bien valen una vida entera de infortunios.

Sentado y con la cabeza apoyada en una de sus manos, permanecía el conde junto á la mesa que habia en la estancia, cuando sintió ruido fuera de la prision. Al principio no hizo aprecio, creyendo fuese su ordinario carcelero; mas cuando por el ruido de los pasos se convenció de que mas de una persona se acercaba no pudo contener un ligero estremecimiento. Al héroe acostumbrado á los peligros del campo de batalla y ansioso de morir gloriosamente contra los enemigos de la fé, mas insoporrible que la muerte misma, le era la idea de sufrirla en una estrecha é ignorada prision. Abrióse al fin la puerta, y una persona á quien un largo manto hábilmente colocado, cubria no solo el cuerpo sino parte del rostro, se adelantó al medio de la prision. Levantó el conde la cabeza, al tiempo que los guardas se retiraban, dejándole en completa libertad con la persona del manto: de improviso una voz suave, conocida, le conmueve, lanza el conde un grito de sorpresa y alegría y recibe á su esposa en sus brazos.

Pasados los primeros trasportes, el conde deseó con afan saber el motivo que habia impulsado á su esposa á venir hasta allí.

—¿Cómo has llegado hasta este sitio? decía ¿Cómo esa altivo rey lo ha permitido?

—¿Olvidas, replicó la condesa, la promesa que te hice de participar de tus peligros? ¿Acaso no estoy obligada á partir contigo todas las penas y sinsabores que te aflijan? Si: he llegado hasta este sitio fingiendo una peregrinacion á Santiago de Galicia, y de ello es indicio este traje que me cubre y que tan bien conviene á mis designios. El rey don Sancho no ha tenido valor para negarse á la demanda de la esposa, que de paso en su corte, deseaba siquiera una vez, ver y consolar á su esposo ausente y cautivo. Gracias á esta determinacion, he llegado donde pueda darte una prueba del cariño de esposa y de amiga y conseguir tal vez tu libertad. Pero antes es preciso que te conformes á ejecutar lo que yo te proponga.

—¿Qué cosa habrá por imposible que parezca que yo no ejecute gustoso, si fuere así tu voluntad, señora y esposa mia?

—¡Oh! es preciso que me lo jures.

—Lo juro por mi honor, puesto que tú así lo quieres.
—Pues bien, contestó alegre la condesa, quitándose el sobretodo que la cubría, cuando sea la hora de salir de esta prision, tú eres el que has de salir en mi lugar, cubierto y disfrazado con ese traje. Yo me quedaré en la prision, burlando de esta suerte la vigilancia y los intentos de don Sancho.

—¡Ahora conozco, exclamó el conde enagenado, como una muger sabe amar!..... Pero este proyecto es imposible! ¿Cómo verificar mi evasión sin escitar las sospechas y sin ser descubierto por las personas que encontraré al paso?

—Toda la dificultad consiste en salir de esta puerta; todo lo demás lo tiene previsto mi cuidado. Ten entera confianza en la persona que te guíe; ella te llevará donde encuentres tu caballo y tus armas. Lo demás ya depende de ti. ¿Te faltará acaso resolución?

—No, mil veces no; pero me acobarda el dejarte aquí sola y espuesta á la saña de ese rey injusto.

—A don Sancho ya le recordaré yo que antes que rey es caballero.

—Y tú, una muger tan delicada, tan acostumbrada al regalo, has de sufrir el horror é incomodidad de esta prision? Oh! nunca lo consentiré!

—¡Ingrato! ¡se trata de salvar tu vida, de conservar illeso tu honor y me hablas de incomodidades y privaciones!

Grande era la admiración y alegría del conde al reconocer todo el heroísmo y grandeza de alma de su esposa. Bendecía á la providencia en el fondo de su corazón, por haberle unido á una muger tan digna, y él, que poco antes se consideraba tan infeliz y abandonado en aquella prision, se tenía ya por el más feliz de los mortales. ¡Santo y consolador efecto del amor conyugal, que de una lóbrega prision sabe hacer su templo!

En tanto los instantes pasaban y era preciso decidirse. La condesa solo pudo triunfar de la resistencia de su esposo, recordándole su juramento, y al fin él consintió en disfrazarse y seguir en todo sus consejos.

—¡Saldré, dijo, puesto que no hay otro remedio! Pero el daño sufrido me servirá de escarmiento y me librará para siempre de traidoras asechanzas. ¡Qué Dios tenga misericordia de los pecados de ese rey de Leon, si se atreviere á tocarme en un solo cabello de la cabeza!

Salió por fin el conde á la hora prefijada, y la condesa apenas vió cerrada la puerta que la separaba de su esposo, cayó de rodillas implorando el auxilio del Eterno en favor de una empresa inspirada por el amor conyugal y realizada por el heroísmo.

III.

No quiso el rey don Sancho de Leon, dar crédito á los primeros que fueron á referirle los sucesos indicados: la fuga del conde de Castilla y como su esposa estaba en lugar suyo en la prision. Resolvió ir á verlo por sus propios ojos, pues tanta audacia escudía á lo que podía esperar de una débil muger. No le faltó á la ilustre condesa su serenidad y valor en presencia de don Sancho. Le recibió cual si deseára su visita y le dijo con noble entereza:

—El cielo ha permitido que mi esposo se salve, no para burlar vuestros designios, sino para daros tiempo de aclarar las calumnias que os han sugerido contra él. Yo estoy resuelta á morir si fuere preciso por salvar su vida; pero vos no saciaréis inutilmente vuestro enojo, no empañareis la gloria que os es debida por vuestras hazañas y os espondreis á un arrepentimiento tardío por ceder á un momento de precipitación. Señor, si la clemencia fué la virtud de vuestros antepasados, mostraos ahora

digno de ellos. Ved que postrada á vuestros pies os lo suplico: no seáis insensible á los ruegos de una esposa y de una madre.

Profunda y favorable sensación hicieron en don Sancho las sentidas palabras de la condesa, y la actitud suplicante con que á sus pies se humilló. Casi enterrecido la ayudó á levantar y cediendo al primer generoso impulso de su corazón, la dijo:

—Alzad, noble señora, habeis vencido. Puesta inmediatamente en libertad, seréis restituida al esposo que tiene la dicha de poseeros, si es que no gustais permanecer algun tiempo en mi palacio, donde todos admirarán y obsequiarán á la muger sublime que tal acción fué capaz de ejecutar.

Cuando la condesa fué llevada con grande acompañamiento á su esposo, ya le encontró á medio camino que venia resuelto á salvarla á toda costa, al frente de sus buenos vasallos de Castilla. Grandes fueron las muestras de regocijo que allí se dieron, por el buen resultado de esta aventura, y mucho desarmó la cólera del conde el ver salva y libre á su esposa. Abandonando, pues, todo proyecto hostil, se volvió á sus tierras de Castilla, contentándose con requerir al rey de Leon el pago de sumas crecidas que le debía.

Es de advertir, que años antes el conde Fernán González habia vendido al rey don Sancho un caballo y un azor, con la estraña condición de que si no se pagase su precio el día señalado, por cada día que pasase se doblase la paga. Olvidado el pago de esta deuda por el rey y no reclamado hasta entonces por el conde, habia crecido la cantidad de un modo asombroso, tanto que no bastaban todos los tesoros del rey de Leon para pagarla. Encargó el conde de recaudar lo que pudiesen á varias partidas de sus soldados que entraron por tierras de Leon haciendo tales daños, que obligaron al rey don Sancho á avenirse con el conde de cualquier modo posible, aunque fuese renunciado sus derechos al dominio de Castilla.

Tal es el pretexto que algunos historiadores dan á el rompimiento que hubo entre el conde y el rey y la completa independencia de Castilla; pero es lo cierto que los condes de Castilla eran por aquella época bastante fuertes para habérselas con los principes comarcanos, y el conde de Castilla en especial, no necesitaba pretexto de ninguna clase para afianzar la independencia de su reino, donde tan sostenido se hallaba por la voluntad de sus vasallos y tan auxiliado por una digna esposa, que podía sustituirle en el cuidado del gobierno durante las fatigas de la guerra.

En aquella época de proezas y de entusiasmo religioso, las mugeres no se quedaban atrás cuando se trataba de dar pruebas de heroísmo. El deseo de agradar, tan natural al bello sexo, era un móvil poderoso de esta conducta, sabiendo que los jóvenes y los más afamados caballeros, por un efecto de las belicosas costumbres del siglo, si deseaban en las compañeras de toda su vida la belleza y la modestia que tanto realzan el valor de la muger, no les pesaba tampoco de encontrar en ellas alguna de aquellas sobresalientes prendas, propias más bien de un sexo á quien pertenece, pero á quien no está exclusivamente reservado, el consumir hechos grandiosos. El ejemplo de la condesa de Castilla es uno de los más insignes que presenta nuestra historia y que basta para probar que en esta serie de GLORIAS que vamos describiendo, no son solo los hombres los que han consumado hechos memorables y hazañas portentosas.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON FRANCISCO DE RAMOS.



El esclarecido artista que hoy nos ocupa, debió su cuna á la villa y corte de Madrid el 30 de marzo de 1746. Su padre don Fernando, natural de Segovia, no le legó esa nobleza que se prueba con rancios pergaminos debidos tal vez al favoritismo ó al acaso del nacimiento, sino esa honradez prover-

bial de nuestros abuelos, que la moderna civilización ha hecho desaparecer en nuestros días: militar valeroso, lió voluntariamente en las guerras de Italia, viniendo al fin de su carrera y dilatados servicios á ocupar un puesto en la antigua guardia de alabarderos. De su unión con doña Antonia Albertos, oriunda de Barbastro, nació el distinguido artista cuya biografía describimos, en el tiempo y lugar ya referidos.

Don Francisco Javier Ramos, no habia salido de su infancia, y ya empezó á dar indicios del lauro que mas adelante habia de adquirir por la fama de su pincel. Dedicóse al dibujo, y en poco tiempo llegó á superar á sus compañeros, siendo uno de los primeros dibujantes que la Academia de San Fernando encerraba en su seno. A la edad de 17 años obtuvo el segundo premio en la competencia que entonces se suscitó para la invención de un asunto propuesto en la seccion de pintura; edad bien corta si se atiende al trabajo de esta clase de composiciones ejecutadas en un tiempo limitado. Su primer maestro fué á la sazón fray Bartolomé de San Antonio, bastante bueno, atendido su estado y escasez de principios; pero nuestro jóven artista, necesitaba campo mas estenso para desarrollar su fecunda imaginación. Así le veremos en poco tiempo ponerse al nivel de su maestro y pasar á Roma pensionado por S. M., á perfeccionarse con don Antonio Rafael Mengs, su primer pintor de cámara. Bajo tan buenos auspicios, no es extraño ejecutase copias tan sobresalientes del Rafael, Ticiano, Vines, y otros modelos de un arte tan noble como liberal. Las inspiraciones de su ingenio merecian la aprobacion de su maestro, remitiéndose con este motivo á la corte y esponiéndose en la Academia de San Fernando sus mejores lienzos donde eran admirados por los inteligentes. El señor don Carlos III, justo apreciador y protector del mérito, conociendo el de este nuevo Apeles, le mandó pintar por real órden un cuadro grande para la iglesia del Soto de Roma en Granada, cuyo asunto fué el milagro que obró San Pedro con el paralítico á la entrada del templo. Acerca del mérito de este cuadro bastará añadir, que fué tal la satisfaccion del rey al verle, al admirar la armonia de la composición, su brillante colorido y estremado gusto en los paños, que manifestó el deseo de que quedara en pala-

cio y que el autor repitiese el asunto. Con efecto concluido el segundo se remitió al Soto de Roma y el primero quedó en el regio alcazar (1) segun lo dispuesto por S. M. La Academia de San Fernando no pudo tampoco manifestarse indiferente á la maestria que nuestro artista desplegó en su última composición, y así veremos que en 5 de setiembre de 1787 el rey tuvo á bien nombrarle su pintor de cámara con ejercicio, conformándose con la propuesta de aquella ilustre corporación, y acompañando el decreto con la órden espresa y terminante de trasladarse á la corte, para enseñar metódicamente el colorido y estudio de pliegues. El mandato de S. M. no pudo llevarse á efecto tan pronto como el nuevo agraciado deseara por haber tenido un hijo de su esposa doña Clementina Pulvereli y verse obligado á esperar su restablecimiento. Verificado este, regresó á su patria no sin perder uno de sus hijos durante su penosa navegacion, y encontrar la corte cubierta de luto por su último monarca; la muerte, esa parca inexorable, que todo lo huella, nada respeta, arrebató la vida al inmortal monarca del siglo XVIII. ¡Desventurada nación que desde entonces no ha cesado de ser rica mina explotable, é incapaz de saciar la avaricia de propios y extraños!

Don Francisco Javier Ramos, exento de esa pasión que como una atmósfera corrupta, pero de una brillantez fascinadora, rodea siempre al que tiene algun poder, no manifestó al nuevo rey el primordial objeto para que fué llamado, ni este se cuidó de que se llevase á debido efecto lo dispuesto por su antecesor, quedando ilusoria la enseñanza del colorido y pliegues para que especialmente se le dió aquel nombramiento. A poco tiempo fué recibido académico de mérito, siendo de notar que hasta entonces ninguno que no lo fuera podia ser nombrado pintor de cámara. En 1792 y 95 sustituyó con el mayor celo á los directores por ausencia ó enfermedad dando siempre altas pruebas de su saber; y en el 94 obtuvo el nombramiento de teniente director. Muchas fueron las obras maestras que por este tiempo ejecutó que mas adelante enumeraremos y que ellas solas dirán mas en honra de su autor que cuanto mi ruda pluma acierte á trazar.

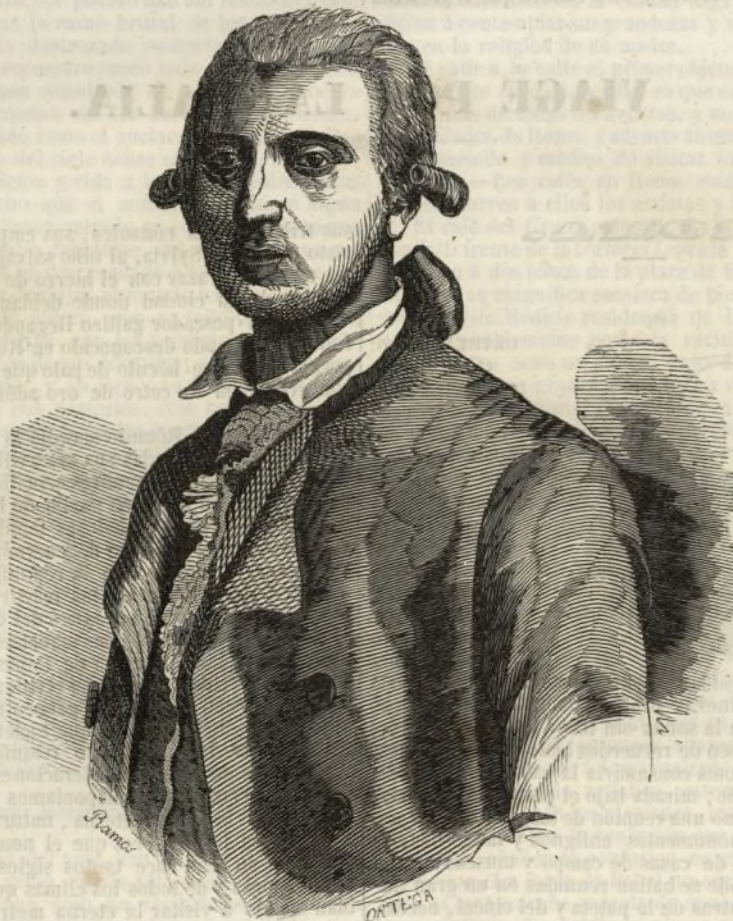
En 1798 falleció su consorte, modelo de las esposas y de las madres, cuya pérdida solo pudo olvidar en el sepulcro. Llegó la época de la invasion francesa, y sabido es hasta la saciedad el medio astuto é hipócrita que se empleó para abusar de la generosidad de un pueblo noble por su naturaleza; las escenas sangrientas de mayo que despertaron al león castellano, y para final del drama, desgraciadamente cierto, el hambre, aquella calamidad que afligió á Madrid durante el corto y reducido reinado del intruso monarca, don Francisco Javier Ramos fiel á su nación, como otros miles, nunca rindió vasallage al usurpador, causa por la que fué destituido de su destino y reducido á aquel estado miserable en que para dar un pedazo de pan á sus hijos se veia precisado á vender sus preciosas pinturas como Esaú su primogenitura por un plato de lentejas. Entonces probaron algunos que se apellidaban sus amigos la falsedad de un título que tiene por emblema «el auxilio en la ocasion»: adictos al nuevo sistema no podian temer aquel mal que tantas víctimas llevó á la tumba; y sin embargo tenian corazon para comprar de nuestro desgraciado, lienzos valuados en gran precio por una mi-

(1) Y hoy lo posee el señor marqués de la Romana en Valencia

serable cantidad. Corramos un velo sobre cuadro tan lamentable que solo recuerda desventuras de la patria por ineptitud de sus gobernantes y miras ambiciosas de los extranjeros que jamas cesarán mientras exista territorio español.

Restablecido nuestro legítimo gobierno y espulsados los invasores por el ardor nacional y el grito de independencia, don Francisco Ramos fué repuesto en su antiguo cargo de pintor de cámara, y desde esta nueva era principió á cobrar el sueldo de pintor de la Academia de

San Fernando cuyo nombramiento obtuvo el 15 de febrero de 1812; pero que por las circunstancias políticas nada se le pudo satisfacer. En este estado, nuestro artista iba fomentando su casa; y cuando ya los males parecían alejarse y aparecer la felicidad por sus puertas, una caída funesta le postró en cama sin que la tierna solicitud de su hija ni los mas asiduos cuidados pudieran evitar su fallecimiento el 11 de octubre de 1817 á los 71 años y 7 meses de edad. La España perdió en este día uno de sus



(Don Francisco de Ramos.)

mejores artistas y la sociedad doméstica un virtuoso padre de familias.

La Academia de San Fernando resolvió por acuerdo celebrado el 15 del mismo mes comisionar á su digno director general don Vicente Lopez para que pasase á la casa del finado y escogiese con asentimiento de la huérfana, previa la correspondiente indemnización, aquellos estudios de sus trabajos que mas convenientes creyese para la enseñanza del establecimiento. Con efecto, así se verificó el 17 del mismo; y hoy se ven como modelos en las academias de esta corte y de su provincia dibujos de nuestro artista, dignos por cierto del lugar que ocupan.

Pasemos ahora á la descripción de las obras mas notables que ejecutó, cuya existencia difícilmente hemos podido averiguar, pues ni en la Academia ni en archivo al-

guno se encuentra el menor apunte de sus trabajos. Los dos cuadros del paralítico de que ya hemos hecho mencion: varios retratos de S. S. M. M. el señor don Carlos IV y María Luisa destinados á establecimientos públicos, y de particulares y notabilidades de la nacion: un cuadro grande que representa el tránsito de san Agustín existente en la iglesia de la Encarnación de esta corte (1). Para Ciudad-Rodrigo dos cuadros de menor tamaño que figura el uno la Virgen de la Faja, y el otro el ángel revelando á San José en un sueño el misterio que hasta entonces

(1) En este hermoso lienzo quieren algunos ver la mano de su maestro Mengs, pero equivocadamente: lo que este hizo fué un ligerísimo boceto de claro oscuro que aun conserva, y que Ramos ejecutó en su cuadro con la mayor exactitud, acaeciendo la muerte de aquel apenas hecho el bosquejo.

ignoraba. Una Concepcion para la iglesia de san Rafael en Guadarrama. Para don Sebastian Martinez, académico de honor de aquel tiempo, Apolo y Bafne al convertirse esta en laurel; Diana que vela á Endimion dormido; y Venus y Adonis despidiéndose para la caza. Para la Academia de Méjico un cuadro de figuras al natural, cuyo asunto es la aparicion de Jesu-Christo á los apóstoles en el acto de tocarle Santo Tomás que duda de la realidad del milagro. San Juan Bautista predicando en el desierto, para una iglesia de Jumillas. Dos Sacras familias de diversa composicion para el excelentísimo señor don Eugenio de Llaguno. Una Dolorosa y otro cuadro que representa

á santa Ana, la Virgen y San Joaquin para la catedral de Toledo. Una diosa Hebe, para el embajador de Rusia. Un San José con el niño Dios para don Anselmo Saez y otra multitud cuya descripcion seria penosa, pero que siempre harán respetable su memoria. Su hermoso colorido pertenece como el de su maestro á la escuela alemana; sobresalió en el estudio de paños y la correccion de dibujo que siempre dió á sus obras, hace que estas presenten la perfeccion del arte. ¡Looz eterno á los hombres que con su saber é ingenio aumentan cada dia las brillantes páginas de la historia!

P. RAMOS.

VIAGE POR LA ITALIA.

ROMA.



OEETHE ha dicho:

«Cuanto mas se avanza en el mar, mas profundidad se encuentra, lo mismo sucede en Roma.»

No se puede explicar con mas poesia y exactitud el efecto que en el hombre observador y estudioso produce

Roma. Esta gran ciudad es un abismo, donde la vista descubre siempre nuevas profundidades, es un Océano donde siempre baja la sonda sin tocar jamás á su fondo; considerada como foco de recuerdos históricos, como centro de lo pasado, Roma consumiría la existencia toda del hombre en su estudio; mirada bajo el punto de vista material, es decir, como una reunion de magnificas y gigantescas ruinas, de monumentos antiguos y modernos, de templos y palacios, de casas de campo y museos, como inmensa galeria donde se hallan reunidas en un gran número las obras maestras de la paleta y del cincel, necesitaría el viajero permanecer en ella un gran número de años.

Al despertar nosotros el primer dia en Roma, se despertaron tambien en nuestra imaginacion todos los recuerdos de esta gran ciudad, que es la ciudad de los recuerdos. ¡Qué personajes mas dramáticos, á la verdad que los que se agrupan al rededor de la ciudad eterna!

Es una *Rhea Sylbia*, jóven y hermosa doncella, de dulce nombre, descendiente de los reyes de Alba, sacerdotisa de Vesta, la mas bella de las nobles albanas, que vivian al rededor de la tripode de oro de la casta diosa: es *Amulio*, anciano y fanático rey, celoso de conservar el rústico trono sobre el que ha subido por el derecho de un asesinado. Son dos niños que un pastor encuentra en un bosque pendientes del pecho de una loba su nodriza, dos hermosos niños fruto de los amores misteriosos de la infiel vestal y el dios Marte.

Bajando desde la cuna de Roma de siglo en siglo el curso de su prodigiosa historia, evocábamos sus reyes,

sus tribunos, sus cónsules, sus emperadores. Habíamos visto al hijo de Sylvia, al niño salvaje convertido en hombre terrible, trazar con el hierro de un arado los fundamentos de la ciudad donde debian reinar los Césares. Veíamos al pescador galileo llegando de los lagos de la Judea, y entrando desconocido en Roma con su báculo de peregrino, pobre báculo de palo que debía en el porvenir convertirse en un cetro de oro adorado por los reyes y los pueblos.

A la Roma de Rómulo sucedió la Roma de San Pedro, apareciásenos con todas sus maravillas sagradas, con sus primeros cristianos, hombres sencillos cuya vida rara fué un prodigio sin igual en medio de las corrupciones execrables del imperio, piadosas familias que comenzaron en la decrepitud de Roma degenerada, una república mil veces mas venerable que la república de sus primeros tiempos; pensábamos en los martires cuya sangre lavó el viejo mundo, como las aguas del diluvio habian lavado el universo primitivo de sus manchas, considerábamos la no interrumpida sucesion de Papas que sobre le globo habian esparcido la moderna civilizacion del Evangelio y que han hecho mas por el género humano bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los *divinos* emperadores bajo el vuelo triunfante de sus águilas.

Despues de estas consideraciones sobre los destinos de Roma, y cuando nos disponíamos ya á comenzar nuestra visita á la ciudad eterna, naturalmente nos pusimos á pensar en los hombres que el nombre de Roma habia atraído á su seno hace tantos siglos, en los viajeros de todas épocas y de todos los climas que como nosotros habian venido á visitar la eterna metrópoli, peregrinos de naturaleza y condiciones bien diversas!

Unos se lanzan en numerosas bandadas desde los últimos confines del mundo: acuden desde las playas de los mares boreales, del seno de desconocidos bosques, del centro de las heladas montañas del polo para admirar en su gloria y conquistar y destruir esta ciudad cuyo nombre llenaba el universo, esta ciudad tan magnífica de quien habíase dicho que el mundo habia sido todo creado para servirla de pedestal: huéspedes terribles, salvajes peregrinos de torvo mirar, voz estridente como el crugido del hierro, bronca como las borrascas del Océano, ó el huracan de los bosques, que blandiendo sus terribles armas desconocidas de los romanos depositaban en el *triclinium* sus báculos de viage cortados en los bosques de la Escandinavia.

Despues de estos viajeros de la conquista, fecundos en destruccion y ruinas, otros viajeros llegan diariamente y sin interrupcion de edad en edad, y se suceden sin fin en la ciudad eterna que los recibe sin terror: estos

viageros pacíficos y piadosos no vienen á Roma á saquear los tesoros ni á destruir las obras maestras y divinas del arte, vienen á conquistar ideas y recuerdos, imágenes e instrucción, son los peregrinos de la ciencia, los peregrinos de las artes, los peregrinos de la religion. Los unos buscan al través del polvo de las ruinas vestigios de la antigüedad que ha desgastado el transcurso de tantos siglos, cual intrépidos mineros que penetran las entrañas de la tierra para buscar el codiciado filon de oro, bajan á las profundidades de lo pasado para conquistar á costa de gran trabajo los tesoros de la ciencia en ella ocultos. Han referido fragmento por fragmento todo lo que fué la antigua Roma, pedazo por pedazo han ido restableciendo el libro inmortal que la mano brutal de los ignorantes conquistadores habia destrozado estúpidamente; piedra por piedra han ido reconstruyendo todo el viejo edificio de los pasados tiempos sepultado en la gran conmocion que produjo la irrupcion de los bárbaros triunfantes. Han rehecho lo pasado como el anciano de Jerusalem llamando á los vientos del cielo sobre el valle de los muertos: y dando movimiento y vida á los áridos restos de los esqueletos han hecho que el mundo no hubiese algun día al oír hablar de Roma, mirado su existencia como una de esas ciudades medio fabulosas del universo antiguo cuyo nombre apenas ha sobrenadado á la ruina de los imperios: gracias á sus trabajos el mundo ha visto renacer la antigua Roma toda entera, con su mitológico origen, con la série de sus reyes, con los prodigios de sus ejércitos, con los triunfos de sus cónsules, y de sus emperadores, con su pueblo, y su foro y su tribuna, su Capitolio, sus templos y sus pretorios. Nos han hecho asistir á sus pompas guerreras y á las ceremonias de su culto; nos han revelado todos los secretos de su legislacion y todos los arcanos de su política; y despues hoja por hoja, y línea por línea nos han descifrado las arengas de sus oradores y los versos de sus poetas.

Otros han venido á sentarse sobre las piedras de los antiguos y derruidos monumentos y apoyando tristemente la cabeza en sus manos han meditado sobre la nada profunda de las potestades y glorias del mundo. A la vista de esos montones de gigantescas ruinas que no tienen mas habitantes que el pueblo de las sombras y de los recuerdos, han llorado sobre la fragilidad de los destinos de la tierra y han aprendido á despreciar este mundo, mansion precaria del hombre, donde todo es polvo y en polvo todo se ha de convertir.

Allí resuena aun la voz de Horacio que nos decia:

Debemur morti nos, nostraque!

Otros entusiastas del arte, han acudido á ver las mil obras maestras del genio, hoy la sola riqueza de esta ciudad de los Césares que solo ha recibido polvo y ceniza en herencia de los antiguos poseedores del mundo, pero á quien los Papas sus nuevos dueños han construido un adorno de su antigua gloria y de su eternal porvenir. En las sobervias naves de sus iglesias, en las magníficas galerías de sus palacios, en los salones de sus deliciosas quintas ó villas van admirar las sublimes creaciones de los grandes pintores, de los grandes escultores, y á inspirarse para sus trabajos á la vista de esos tipos dignos de inspirar siempre á los artistas.

Por último los peregrinos de la religion han venido á Roma, porque Roma es la ciudad Santa, la ciudad católica por excelencia, porque de las entrañas de sus catacumbas salió la religion de Jesucristo, como la espiga sale del surco de la tierra, espiga celestial cuyo purísimo trigo debia alimentar á todos los pueblos por una eternidad, porque en Roma fué donde tantos heroicos mártires y confesores despues han muerto negando la fé de los dioses del Capitolio, y proclamando al dios del Calvario, porque desde Roma es donde han salido tantos piadosos y desin-

teresados misioneros que sin mas armas que la cruz de Cristo han ido á llevar por todos los ámbitos del mundo la palabra escrita por los discípulos del Crucificado.

Nosotros veniamos á nuestra vez á visitar esta ciudad objeto eterno de todas estas peregrinaciones sin acertar á calificar á cual de las categorías descritas perteneciamos. Hubiéramos querido pertenecer á todas ellas, ser á la vez los hombres filósofos e instruidos, los humildes y santos peregrinos, para no perder ninguna de las emociones que bajo estos títulos debia inspirarnos la ciudad de las artes y de la religion.

¡Ay! muy lejos de esto, no teniamos mas título para nuestra admision en la ciudad sagrada que una grande aficion á contemplar sus grandezas y una fé como la de un niño en la religion de su madre.

Al salir á la calle el primer objeto de nuestra visita fué buenamente un café, verdad es que este café es el punto de reunion de todos los artistas, y no una de las menores curiosidades de Roma, y ademas en este café debiamos acordar el método y medios de visitar todas las curiosidades de Roma.—Los cafés en Roma están muy descuidados, solo concurren á ellos los artistas y algunos extranjeros.

El café del *Greco* colocado á la estremidad de la via *Condotti* frente de la *trattoria Lepri* la fonda mas concurrida de Roma á dos pasos de la plaza de España, que toca por medio de su magnífica escalera de piedra de 172 escalones, con la *villa Médicis* residencia de la academia francesa, debe probablemente por esta vecindad el privilegio de atraer en su seno un pueblo todo de artistas.—Contento este café con su gran nombradía ha desdeñado todo adorno material. Sombrio, abovedado, es una especie de gruta dividida en tres departamentos, que cada uno tiene su particular clase de parroquianos.

En la primera, que sirve como de vestibulo se han instalado los alemanes; la segunda la ocupan los italianos, y el último salon que dá á un estrecho patio es el cuartel general de los franceses y españoles; estos diferentes salones están adornados de pinturas, pero tan malas, que estos frescos que todos los días están á la vista de tantos artistas, son sin duda obra de algun mal pintor de puertas y ventanas. Verdad es que á la hora de la concurrencia en este triple salon las pinturas de la pared y de la bóveda quedan perfectamente invisibles por la inmensa nube de humo, que una multitud de pipas y de cigarros despiden en este lugar. Entonces es cuanto debe visitarse el café del *Greco*, entonces aparece en toda su gloria. Entonces vienen allí á tomar asiento cuantos representantes tiene el mundo artístico, extranjeros por la lengua, por el vestido. Allí los alemanes, los franceses, los italianos, los ingleses á la confusion que presentan sus formas distintas, añaden la confusion no menor de los lenguajes é idiomas. La torre de Babel no escuchó jamás tanta bulla, ni mas estraña mezcla de opuestos sonidos y enemigas sintaxis. No puede la pluma reproducir el zumbido prolongado en donde el diptongo alemán, la palabra italiana, las sílabas francesas y españolas se cruzan, mezclan, chocan, se unen, aglomeran y producen el rumor de una gran batalla de abispas y abejas en el interior de una colmena. Pero lo mas maravilloso del café del *Greco*, el prodigio aun no clasificado, el fenómeno digno de fijar la atencion de todos, es el mozo del establecimiento, es *Pietro*.

Pietro es un personage mas raro en su especialidad que un ministro, que un general, que un gran poeta: todas las tardes y noches hace una misma cosa, que nos parece mas difícil que dirigir la máquina de un gobierno constitucional, que combinar los movimientos estratégicos de un ejército, y arreglar el plan de un drama. Todas las noches él solo, sin auxiliar ni adjunto alguno, hace frente á toda la concurrencia inmensa del café del *Greco*, repartida en las mesas de su triple salon. Treinta voces le dan á la vez sus órdenes en distintos idiomas; pues en

medio del tumulto que le rodea, *Pietro* oye las treinta voces, y un instante despues responde á todos, viniendo cargado de una pirámide de vasos, tazas y botellas, colocando delante de cada uno el objeto que le ha pedido, sin titubear, sin confundirse, sin equivocarse. Jamás ha roto un vaso, ó ha servido un ponche al que le pedía horchata.

Pietro es admirable en el egercicio de las funciones que ejerce sin absorber en ellas toda su atencion. Entre cualquiera y pregúntele en cualquier lengua por uno de los parroquianos, y de repente *Pietro* le contesta si está allí y en que mesa, si no está él le dirá la hora á que ha salido, y aun muchas veces la hora á que debe de volver. El perfil de *Pietro* pintado por infinidad de artistas es mas popular en Roma, que el mas bello tipo de marmol antiguo. Entre esta multitud de artistas de todas las naciones, que hace gran número de años frecuentan el café del *Greco*, es facil conocer que ha habido muchos grandes, eminentes é ilustres. Aun se enseña el sitio donde algunas veces venia á sentarse Chateaubriand, ese poeta-embajador que se gozaba mas en la reunion de los artistas que en los elevados círculos de los diplomáticos. Aun se vé la mesa donde Cánova pasaba horas enteras cuando jóven aun, y recién llegado de Venecia, venia á pedir el derecho de ciudadano á la ciudad de los mármoles eternos y á hacer conocimiento con esa poblacion de obras maestras de piedra que respiran en sus galerias. Tal vez merecerá la critica de muchos que haya comenzado mi pintura de Roma por la descripcion de un café, pero yo les responderé que si hubiese consagrado mis primeras líneas á San Pedro, al Coliseo, á la columna de Trajano, hubiese hecho lo que casi todos los escritores viajeros han hecho antes que yo, y probablemente no hubiera dicho otra cosa, ni mejor que ellos lo han dicho. Comenzando por la descripcion de un café, he evitado el escollo de la repetición trivial, y he dado algunos detalles inéditos, sobre una curiosidad de Roma, y de que no se habla en libro alguno. Además, cuando al primer día de nuestra llegada nos apresuramos á ir al café del *Greco*, no era un motivo de simple curiosidad, sino el deseo de encontrar un amigo, un compatriota. En una mesa rodeado de artistas españoles y franceses, sus amigos y émulos, encontramos al jóven pintor don Antonio Arbos.

Arbos, es uno de aquellos artistas de quien podemos sin temor preconizar el admirable talento, porque si algunas personas encuentran hoy que exageramos algo, dentro de algunos años estas mismas personas pensarán que hemos dicho poco. Arbos es hoy el primer pintor de acuarelas en Roma; á su pincel debe su cómoda subsistencia, pues pensionado por el anterior gobierno, las pensiones no se pagan bajo el régimen actual. Este estimable artista era el objeto de nuestra visita en el café del *Greco*.—Yo me nombro, nos dijo, el *Cicerone* de vds. por todo el tiempo de su permanencia en Roma: ¿aceptan vds?—Desde este instante, le respondimos estrechando su mano. Con él hemos visitado todos los monumentos de Roma; él con una erudicion poco comun nos ha hecho conocer todas las bellezas de la ciudad artistica; él nos presentó á sus compañeros entre ellos al jóven Federico Madrazo, orgullo de nuestra patria, y cuyo pincel miran en Roma con respeto los primeros pintores de aquella capital, y el punto de nuestra reunion todos los días era el café del *Greco*.

Discurriamos sobre el método mas acertado de recorrer los monumentos de Roma, cuyo estudio exigiria gran tiempo. Dichosos los que puedan plantar su tienda sobre una de las siete colinas y decir permaneceremos aquí hasta que nada nos quede que conocer de los romanos. Desgraciadamente son pocos los viajeros que puedan así disponer de su tiempo. No era por años, sino por meses como debía medirse nuestra residencia en Roma. Los imperiosos deberes de la vida nos llamaban á otra parte, en

vano hubiéramos querido detenernos, nos era preciso *correr*. Muchos viajeros sin cuidarse de visitar con un método ilustrado la ciudad eterna, toman un coche de alquiler dejando al cuidado del cochero, ó cuando mas de algun ignorante *Cicerone* el dirigirlos en sus exploraciones. No hay necesidad de encarecer los inconvenientes de este método. Otros prefieren al coche que mal ó bien los lleva de un punto á otro, la guía de un libro, pero no lo hay completo y hay muchos escritos sobre el asunto sin llenar ninguno las condiciones de un verdadero itinerario por Roma. Si se pregunta cual es el mejor libro de que uno debe de valerse, indudablemente responderán todos en Roma que el libro del profesor *Nibby* célebre anticuario.

Generalmente pasa por una triste mania la pasion de los anticuarios, y por nuestra parte confesamos que no la comprendemos: ese entusiasmo por todo lo que es decrepito, ese fanatismo del hombre que investiga sin dejar todo lo que es de rancias fechas, que busca grietas en las piedras, orin en el bronce, y que á su vista experimenta tanto placer y tan dulces sensaciones como otros delante de la fresca juventud, las bellas sonrisas y los animados colores nos han parecido siempre una de esas miserables locuras que pueden afectar al cerebro humano, pero esto que nos admira y que hallamos ridiculo fuera de Roma, allí lo comprendemos natural y sencillamente. Allí nos parece bien, fuera de allí mal. En Roma, ciudad donde no hay, si puede decirse así, de lo presente sino una sombra, en esta ciudad donde lo pasado ocupa el mas grande lugar, en donde vive, respira y habla, donde no se puede dar un solo paso sin que el pie tropiece con un recuerdo, donde el aire que se respira está cargado del polvo de los mas ilustres muertos de este mundo, donde el pan que se come está amasado por decirlo así con los átomos de los antiguos siglos, la ciencia del arqueólogo es una cosa necesaria, precisa, es como una condicion de la existencia. Reina allí en la atmósfera una influencia á que no se resiste. Al cabo de una semana de estar en Roma todos se convierten cual mas, cual menos en anticuarios, hasta el viajero mas indiferente, hasta aquellos que solo se informan de cual es la mejor fonda, donde se come mejor, y cuales son las mejores reuniones. Todos, hasta la jóven que se olvida de pensar en las nuevas modas, en los lazos de su vestido, y en las flores de su peinado por tratar de saber si tal ó cual fragmento de columna es de la época de la república ó del imperio, para preguntar cuando se descubrió el suelo de la *Via sacra*, para formar su opinion sobre las ruinas del gran edificio que aun hoy unos llaman del templo del *Sol*, y otros de *Venus* y de *Roma*.

Si los extranjeros mas frívolos sienten en Roma tanta simpatía por la ciencia de las antigüedades, concíbese muy bien cuánto mas intenso debe de ser este amor á la arqueologia en los hombres que nacieron en Roma, que han tenido su cuna tal vez en una ara de los sacrificios, que sus nodrizas han llevado á pasear al *Palatino* ó al *Forum* que son el paseo de Roma, que han tenido por juguetes *Júpiter Tonantes* de barro, que han arrastrado por el suelo carretitas fabricadas por el dibujo y modelo de los carros de los volscos, que desde que estaban mamando se han familiarizado con los vestigios de la historia latina, que no han dejado de vivir entre ellos. Es muy sencillo y natural que haciendo un sério y asiduo estudio de estas grandes ruinas que los rodean se hagan anticuarios.

Nibby era el tipo del anticuario romano. Esta pasion habia sido la de su juventud y de su edad madura. Todos los que han conocido sus ultimos años, hablan aun del entusiasmo que enardecia su sangre cuando explicaba sus opiniones sobre algun punto de la topografia antigua. Siempre seguido de una numerosa juventud ávida de recoger estudiosa sus sabias palabras, marchaba el venerable profesor, y en medio de las ruinas, sobre el sitio mismo objeto de sus lecciones, ejercia sus doctas funcio-

nes. Cuan bello era el ver á un anciano de mas de sesenta años animado del amor de lo pasado, detenerse en medio de un numeroso auditorio tan pronto sobre las pendientes del Palatino, tan pronto al pie de una columna medio consumida por los siglos; hoy en el verde recinto cubierto de céspedes donde se alzan los restos del *Foro*, mañana en las gigantescas y ruinosas bóvedas de la Basilica de Constantino, y allí en el hermoso y dulce idioma italiano donde resuenan aun todos los ecos de la lengua romana, explicar las ruinas, comentar el monumento, restablecer la fisonomía de los sitios y resucitar lentamente de induccion en induccion todas las grandes escenas de la historia.

Estas palabras que tantas veces arrojó al aire libre el sabio profesor, no solo se han conservado en la memoria de sus oyentes sino que se han fijado para los peregrinos futuros en el libro que se recomienda á todos los extranjeros.

Por el método adoptado por Nibby se han dividido en ocho dias los paseos del viagero en Roma. Seguir al pie de la letra este método, seria horriblemente fatigante, y ademas tendria el inconveniente de hacer pasar al viagero por delante de los monumentos con una rapidez tal, que apenas le permitiria guardar un ligero recuerdo de ellos, pero nada obliga á seguir puntualmente el sistema de los ocho dias ó jornadas. Pongamos una semana entera por cada una de las series que Nibby coloca en un solo dia, y esto valdrá mas, ó mejor cambiemos los ocho dias en ocho meses y no se perderá ni aun así el tiempo, ó si nos fuese dable hagamos de la semana de Nibby una semana de años á la manera de las del profeta Daniel.

Nosotros vamos siguiendo el orden adoptado por Nibby á dar en un rápido análisis el cuadro de estas ocho jornadas empleadas en visitar á Roma. Conduciremos como por la mano á los lectores que quieran acompañarnos en estas ocho jornadas en que hemos consagrado dos meses dia por dia casi enteros, en la investigación, en el examen de los grandes objetos propios de atraer sus miradas y fijar y cautivar su atencion. La variedad que se presentará en nuestra marcha y sobre todo lo verídico de nuestras relaciones, harán no nos abandonen nuestros lectores en un viaje que escita aun en nosotros los mas dulces recuerdos.

PRIMERA JORNADA.

Desde Puente Mole al Capitolio.

Nos trasladamos á la puerta mas septentrional de la ciudad como si hubiésemos tomado el camino por tierra.

A dos millas de la ciudad se halla el puente de *Emilius Scaurus* tambien llamado *Emiliano* y despues por corrupcion *Milvius* y hoy *Molle*. Existia segun Tito Livio cuando la batalla de Metauro ganada por los romanos sobre Asdrubal. De su antigüedad solo ha conservado los grandes pilares sobre que descansan los cuatro arcos restaurados por el papa Nicolás V en 1450, y la alta torre cuadrada de Belisario. Célebres es esta puerta como teatro del episodio final de la victoria de Constantino sobre Majencio, y por haber visto despues de la aparicion del *Labarum* divino en el cielo, precipitado al tirano en el Tiber donde pereció con gran parte de su ejército. Suceso grande que abrió las puertas de Roma al vencedor Constantino, é hizo á poco trasladar al papa Silvestre oculto y proscrito, desde su retiro al palacio de los Césares; saliendo la cruz de Cristo del fondo de las catacumbas para plantarse en lo mas alto de las torres de las ciudades, sobre la corona misma de los reyes, y dominar al mundo, segun las promesas divinas, hasta la consumacion de los siglos.

Desde el puente *Molle* á la ciudad, se encuentra la *via flaminia* que recibió su nombre de Tito Quinto Flaminio, general de los ejércitos romanos contra Filipo V, rey de Macedonia, general cuya destreza y sabiduría le valieron

el consulado cuando apenas contaba treinta años, y que libertó á Roma de Annibal su mas terrible enemigo.

Tan querido fué siempre el Tiber de los romanos aun en la antigüedad, que la puerta, cerca de la cual pasa por Roma, se llamó *Flumentana*, pero despues y con razon se llamó *Flaminia*, del camino que pasa bajo sus inmensos arcos. Esta puerta llamada hoy la puerta del *Pópulo* á causa de estar edificada junto á ella la magnífica iglesia de *Santa Maria del Pópulo*, por el papa Pascual II, es un verdadero arco triunfal, digna entrada de la capital del mundo. El papa Pio IV, *Medicis*, tan grande como todos los que han llevado este glorioso nombre, la restauró tal como está hoy segun los dibujos del célebre Miguel Angel, ejecutando la obra Vignola en 1561. Arcada inmensa, decorada de cuatro magnificas columnas de marmol, entre las que están colocadas á la derecha la estatua de San Pedro y á la izquierda la de San Pablo. No podia anunciarse mas dignamente la Roma cristiana. En el fronton se lee la inscripcion siguiente:

FELICI FAUSTOQUE INGRESU. 1655.

Feliz y propicia entrada.

En 1655 Alejandro VII de la ilustre casa de Chigi, prelado de gran instruccion y firmeza subió al trono Pontificio é hizo colocar esta inscripcion.

Al pasar la puerta queda uno sorprendido, encantado al aspecto magestuoso de la plaza del *Pópulo*, plaza verdaderamente monumental. Magnífica, con inmensos hemiscleros adornados de fuentes y de estatuas, en el centro un grande obelisco egypcio. Sobre el hemisclero de la izquierda los jardines del monte *Pincio*. La estatua colossal de Roma entre el *Anio* y el *Tiber*. Tiene esta plaza quinientos pies de largo, cuatrocientos veinte de ancho, en medio se levanta el famoso obelisco de granito el mismo que Rameses habia hecho alzar en Tebas delante del templo del sol. El emperador Constantino lo habia hecho transportar á Alejandria. Diez y ocho años mas tarde su hijo Constantino lo colocó en el circo de Roma, y á fines del siglo XVI, Sisto V el papa de las grandes empresas, lo hizo sacar de las ruinas del circo y á poco tiempo de levantar entre la admiracion del mundo el inmenso granito de Sesostris delante del Vaticano, hizo alzar el de Rameses en la gran plaza del *Pópulo*. Desde entonces está allí de pie, masa inmortal de piedra, viendo pasar y reemplazarse sucesivamente las generaciones de los hombres!.... Hito fúnebre colocado en el camino de la vida, allí está fijo para indicar el camino de nuestros antepasados, nosotros los seguiremos!.... Otros hombres nos seguirán y el obelisco egypcio con su muda inmovilidad nos dirá á todos: «Hombres apresuraos á marchar sobre el camino de vuestra vida, yo solo tengo el derecho de permanecer de pie siempre estacionario, ora en medio de las murallas de Tebas, en Alejandria, en la Roma de Júpiter y en la Roma de Cristo».

Comenzaban á afligirnos estas ideas, cuando mis ojos se encontraron con la magnífica fachada de la iglesia de *Santa Maria del Pópulo*.

Esta iglesia fué fundada segun la tradicion mas constante, hácia el año de 1099 para alejar las fantasmas nocturnas atribuidas al cuerpo de Neron, que segun Suetonio habia sido enterrado sobre el monte de los jardines *Collis Hortorum*, hoy *Pincio*.

Esta iglesia pequeña pero estremadamente linda, está ricamente adornada, y tiene una capilla magnífica pintada al fresco por el genio inmortal de *Rafael*. Hay tambien una estatua del tamaño natural que pasa por una obra maestra del arte y representa al profeta Jonás. Entre varios sepulcros de mármol hay un mausoleo casi real, el de la bella *Olimpia Odescalchi*, cuyo retrato se ve allí divinamente cincelado y cuya inscripcion funeral

revela al pasajero, que fué notable tan hermosa muger por su *vigilancia, sabiduría, valor y amor á la soledad*. Están consagrados al servicio de esta iglesia diez y nueve religiosos del orden de San Agustín.

La magnífica plaza del Pópulo termina pordos bonitos frontispicios de dos iglesias pequeñas iguales. Cuatro columnas, dos estátuas, un fronton, dos torres poco elevadas, es la forma exterior de cada una. Ambas están consagradas al culto de Maria. La de la izquierda muy adornada en su interior consta de seis capillas, una elegante tribuna sobrecargada de adornos dorados, y frescos en sus paredes

de los mas célebres pintores, tiene un cabildo de canónigos para el culto. Llámasa *La Madonna de mirácoli*. La de la izquierda es mas sencilla en su interior, hay varias pinturas de Salvator Rosa y otros célebres artistas, pero es un poco sombría, llámasa *La Madonna di Monte Santo* y están encargados del culto los religiosos del Carmén.

Estas dos iglesias colocadas á derecha é izquierda dan entrada á la calle mas hermosa de Roma, la de *Corso*. La *plaza del Pópulo* es el vasto foro de la conversacion romana, allí vienen diariamente las gentes desocu-



Vista de la plaza del Pópulo en Roma.

padas y los que van á paseo al Pincio, á matar el tiempo en dulces y agradables conversaciones. Desde esta plaza se dirigen al centro de la ciudad eterna las tres mas hermosas calles *Rippeta* á la derecha, la de *Babuino* á la izquierda y entre las dos la del *Corso* por la que nos dirigiremos, habiendo hecho una observacion que nos ocurrió muchas veces durante nuestra estancia en Roma. Al entrar en la capital del mundo católico, apenas hubimos traspasado el umbral de sus triunfales puertas, tres iglesias colocadas en una misma plaza y dedicadas á Maria, nos revelaron que el culto de la Virgen Santa era el culto de afecion, de amor del pueblo romano. Notable es en efecto que mientras en la ciudad de Roma hay cuarenta y cinco iglesias consagradas á la Virgen, Dios no tiene mas que dos la del *Bambin Gesù* (el niño Jesus,) y la de *Gesú* (Jesus) perteneciente á los jesuitas y otras dos en participacion con su santa madre bajo la advocacion de *Gesú é Maria* (Jesus y Maria) y la otra bajo esta singular advocacion *Domine quo vadis?* (Señor don de vais?) San Ambrosio refiere el origen de este extraordinario título. «Había cerca

de la puerta de San Sebastián, una pequeña iglesia dedicada á la *Virgen de las Palmas*. Cuenta la tradicion que allí fue donde nuestro Señor Jesucristo se apareció á San Pedro que salia huyendo de Roma. Admirado el apostol dijo á Cristo, «¿Señor donde vais?» *Domine quo vadis?*—«Voy á Roma, contestó el señor, para ser crucificado segunda vez!»—Despues de estas palabras desapareció Cristo dejando estampadas en el suelo la huella de sus divinos pies. Desde entonces la capilla de las Palmas recibió su nombre de la singular pregunta que hizo á nuestro Señor, San Pedro, que avergonzado tornó á Roma y sufrió en ella el martirio de la cruz.

La calle del *Corso* trazada sobre la antigua *Via flaminia*, toma su nombre de las carreras de caballos que se celebran en el carnaval en ella desde el reinado de Paulo II, es la mas hermosa y concurrida de Roma, y puede decirse que está compuesta de dos filas de magníficos y suntuosos palacios que rápidamente enumeraremos.

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA HIJA DEL BUHONERO.

I.

En una hermosa mañana de estío del año de 1636, una compañía de soldados que indudablemente marchaba en dirección á París, hizo alto al pie de Fontaine-le-Henry, magnífico edificio construido en la época del renacimiento cerca de Caen. Como sucede casi siempre en casos semejantes, estos militares cuya disciplina en nada se parecía á la severa ordenanza de nuestras actuales tropas, entregábanse á mil desórdenes que sus gefes no se curaban en manera alguna de reprimir; escudados, pues, con tal criminal tolerancia tomaron posesion sin género alguno de ceremonia y con una marcialidad mas vandálica que militar, de la humilde choza de un pobre campesino y la saquearon con una brutalidad que apenas seria disimulada en un país conquistado. Mientras que destripaban los toneles de cidra de este desdichado, mataban sus ganados y le apaleaban para poner fin á su resistencia y á sus gritos, apareció un buhonero en el extremo opuesto del camino. Al ver los soldados quiso volver pie atrás porque comprendió todo el riesgo que corrían sus mercancías entre aquellos camorristas; pero desgraciadamente le habían visto y cuatro de ellos corrieron al punto hacia él, lo detuvieron y mal su grado lo condujeron delante del castillo. Aunque judío, como era fácil de colegir por su traje y barba, no era su caja lo que mas inquietud le inspiraba; sus miradas se tornaban llenas de espanto hacia una jóven de extraordinaria hermosura, asida de su brazo y que se apretaba contra él con evidentes muestras de terror.

Sea que quisiesen divertirse á costa de los tímidos viajeros, sea que en efecto tuviesen la dañada intención de robar al mercader é insultar á su compañera, los soldados mandaron al pobre viejo que abriese el cajon que llevaba sobre las espaldas y les enseñase lo que contenia. El infeliz israelita obedeció, si bien empleando en aquella forzada operacion la mayor lentitud posible; de repente abandonó la caja para correr al socorro de la jóven que lanzaba agudos gritos luchando por desasirse de un soldado borracho que intentaba abrazarla. Este lejos de ceder á las súplicas del pobre hombre, mostróse mas insolente. Furioso el mercader sacó de su bolsillo un puñal, y ya se disponia á clavarlo en el corazon de su adversario, cuando un tercer viagero llegó al lugar de la escena. Tan luego como vio á la jóven en el estado que hemos dicho, saltó de su caballo, y con un tono habituado al mando ordenó al borracho que dejase libre á su victima. Este obedeció instintivamente y el buhonero sosteniendo en sus brazos á su compañera casi desmayada, se apresuró en alejarla de aquel peligroso sitio, siendo tal su precipitación que no se acordó de echarse acuestas su cajon y lo dejó en poder de los truanes.

El viagero no obstante que habia acudido en auxilio del mercader, resolvió salvar la escasa fortuna de un buhonero que se mostraba tan poco cuidadoso de lo que mas estiman las gentes de su clase. Dirigióse, pues, á los soldados y les mandó no solamente que cesaran en sus robos, sino que restituyesen todo cuanto habian robado.

Semejante orden fué recibida con murmullos de cólera y risas de desobediencia.

—¿Desde cuando, exclamó dejando ver las insignias de la comandancia militar, desde cuando los soldados franceses no obedecen á un oficial del rey?

—Desde que tienen un capitan para darles órdenes y responder á los que se entrometen en lo que no les incumba, respondió uno de los oficiales de la compañía.

El desconocido se volvió, saludó al capitan y dijo con la mayor urbanidad.

—Tiene vd. razon, caballero. Si antes le hubiera visto, me hubiera dirigido á vd. para castigar á estos bellacos....

—Mis soldados no son bellacos, interrumpió el capitan levantando la voz, sin duda porque el oficial le habia replicado con dulzura.

Sonrióse este último y haciendo señas al judío para que se acercase.

—Ven acá, le dijo, nada temas, recoge tu caja y toma esta bolsa para indemnizarte de las pérdidas que estos soldados te hayan causado.

El judío miraba alternativamente al oficial y á la bolsa y despues de un breve rato de perplejidad iba á alargar la mano para coger el dinero cuando la jóven se lo impidió con un movimiento de indignacion.

—Mi padre da á vd. las gracias caballero, dijo: los daños que estos soldados le han ocasionado son de poca consideracion. Dios le bendiga por su generosidad y principalmente por la bondad y el valor con que ha socorrido vd. á un anciano y á su hija.

Sorprendido el oficial por tanta delicadeza y por la gracia con que se espresaba la linda viandante, sonrióse y la saludó mas profundamente quizás que lo que permitia la humilde vestimenta de la jóven y la instó á que volviese á Caen lo mas pronto posible. Dirigiéndose en seguida al capitan que contemplaba con visibles señales de burla la escena que pasaba ante su vista.

—Ahora caballero, le dijo, estoy á sus órdenes. Yo me llamo Felipe, marqués de Senancourt; como vd. tengo el honor de servir á su magestad cristianísima con el carácter de capitan. Espero que dos de esos señores oficiales me dispensarán el honor de ser mis testigos.

—Corriente, replicó el capitan saludando á su adversario: yo me llamo el conde Carlos de Maurevers.

Sacó su espada y dió á dos de sus oficiales la orden de servir de testigos á su competidor.

Otros dos oficiales arreglaron con estos dos las condiciones del combate y provaron las espadas.

A la vista de estos preparativos de duelo, la jóven en lugar de alejarse como lo habia encargado su libertador, cojió á su padre por el brazo y lo detuvo al punto.

—¡Va á batirse! exclamó, y es por nosotros, padre mio, por mí por quien espone su vida!

—Quiso correr tras del oficial, pero los soldados se lo impidieron; nada, pues, interrumpió el duelo que afortunadamente fué de corta duracion.

Apenas los combatientes cruzaron sus aceros y se dieron algunos cintarazos, cuando el capitan de la compañía cayó herido ligeramente en el pecho.

—¡Bien dada, exclamó, bien dada! señor marqués; es vd. tan diestro como valiente. Señores, añadió volviéndose hacia los oficiales, ninguno de vds. debe acordarse del

nombre de este digno capitán. Toda la sinrazón es mía en este negocio y bajo ningún pretexto quisiera causar el menor disgusto á tan honrado caballero.

Alargó la mano á Felipe, quien ayudó á los oficiales á trasportarlo á la cabaña del campesino que los soldados habían saqueado.

En este momento vióse abrir la reja del castillo y aparecer en ella un hombre vestido de negro, quien se dirigió á los combatientes.

—Señores, dijo saludándoles profundamente, yo soy el gran preboste de su magestad en su provincia de Normandía. A pesar de los edictos del rey que prohíben los duelos acaban vds. de batirse. Me veo, pues, en la dolorosa necesidad de llenar los severos deberes de mi cargo. Sirvanse vds. de darme sus espadas y decirme sus nombres.

—El conde Carlos de Maurevers respondió el herido.

—El marqués Felipe de Senancourt, añadió el otro.

—Señor conde de Maurevers, queda vd. prisionero del rey bajo su palabra; cuando el estado de su herida se lo permitiera, se volverá vd. á París para esperar allí mis órdenes.

El capitán hizo una reverencia.

—Por lo que á vd. respecta, señor marqués, se servirá vd. acompañarme al castillo de Fontaine-le-Henry. Mañana partiremos juntos para París, donde tengo orden de conducir á todos los duelistas sorprendidos *in fraganti* en mi prebostazgo. El rey quiere poner un término á los combates singulares que hacen derramar la sangre inútilmente y que ultrajan las leyes de la religión y de la moral. Sensible en extremo me es decirlo, señores, pero creo que no hay medio de salvación para vds. A pesar de su juventud no puedo menos de invitarles á que piensen seriamente en reconciliarse con Dios y en prepararse para el terrible momento que no tardará en hacerles aparecer delante de su justicia.

La joven escucha estas palabras con terror. Pálida, temblorosa y fuera de sí, apenas podía sostenerse en pie.

Cuando el gran preboste cesó de hablar se arrojó á sus pies.

—Monseñor, exclamaba, monseñor no se atreverá á castigar, á castigar con la pena de muerte sobre todo, á un noble y valiente joven que ha tomado la defensa de una pobre muger y de un anciano. El rey no puede querer semejantes injusticias. Perdon para el señor marqués, perdon.

El preboste no se tomó siquiera el trabajo de contestar, dirigiéndose al castillo de Fontaine-le-Henry é hizo señas á Felipe que lo acompañase.

La joven los siguió derramando copiosas lágrimas no cesando de dirigir sus plegarias al gran preboste, y solamente se detuvo cuando vió cerrarse delante de ella la reja del castillo.

Entonces cayó en el mas profundo abatimiento y merced á las lágrimas que desahogaron su comprimido corazón, no sucumbió bajo el peso del dolor que la abrumaba. Al fin enjugó sus ojos y asiendo del brazo del viejo que ya se había echado acuestas su caja, y que apoyado en un palo la miraba en silencio, le dijo:

—Partamos para París, padre mio.

—¡Para París! repitió el anciano, para París! ¿No acabamos de llegar de él? ¿No hemos ya comprado allí las mercaderías que pienso vender en Normandía? A París! ¿Qué quieres, pues, que vayamos á hacer en París?

—¡Obtener su perdón!

El mercader meneó tristemente la cabeza.

—¡Su perdón! ¡Obtener su perdón tú! Ay! hija mía, ¿ignoras que para llegar hasta los pies de los que pueden otorgar esta gracia, necesitas de un poder y de una protección mil veces mayor que la que posees? El rey solo ó monseñor el cardenal Mazarino tiene el poder de conmutar una sentencia de muerte. Sus palacios no se abren á la hija de un buhonero y de un judío.

—Yo le salvaré, dijo la joven, á pesar de todos estos obstáculos: sí, sí, le salvaré ó moriré. No se dirá que Diana abandona cobardemente á su libertador.

Mientras que el mercader continuaba empleando nue-



vos argumentos para disuadirla de su proyecto, soltó su brazo, atravesó resueltamente por entre los grupos de los soldados que cogían sus armas, y dirigiéndose á los oficiales les dijo con entereza:

—¿No hay medio alguno, señores, de obtener el perdón del señor marqués de Senancourt?

—Solo la fuga salvaría su cabeza, respondió uno de aquellos á quien ella se dirigía. Monseñor el cardenal ha hecho jurar á su majestad que no perdonará á ningún duelista. Esta noche pasada, ocho caballeros jóvenes han pagado con sus cabezas su desobediencia al edicto real.

—¡La fuga! ¿Se atreven vds., señores, á aconsejar la fuga á un militar valiente y pundonoroso? Oh! no puedo creer que consientan vds. que sea conducido al cadalso aquel cuyo valor no ha mucho admiraban.

—Nada podemos hacer para librarle, respondieron. Arrebatarse un prisionero al gran preboste, sería arriesgar infaliblemente la vida.

—¡Dios mio! Dios mio! ¿Con qué no hay ningún medio de salvación para él? exclamó la joven cada vez mas desconsolada. Dios mio, ¿lo abandonareis? Desesperada retirábase ya, cuando de pronto vuelve atrás y se dirige á los criados de la compañía, gente por lo comun desalmada y totalmente desprovista de conciencia.

—Llamó aparte á dos de ellos y les dijo: ¿Quiéren vds. ganarse cien luises de oro?

—Mucho mejor que si fuese uno, replicaron ellos.

—Pues bien; prometo dar á vds. esta suma si dan libertad esta tarde al marqués de Senancourt en el momento en que salga de este castillo con el preboste.

—¡Diablo! ¿y si nos cuelgan luego? Cien luises es muy poco para semejante chanza.

—Bueno, dijo Diana sacando de su seno un rico collar,

estas piedras valen tres tantos mas de lo que ofrezco. Si salvan vds. al marqués serán de vds.

—¿Y los cien luises tambien?

—Y los cien luises, respondió ella con una sonrisa de desprecio.

—Poco á poco, dijo el judío que daba las mas evidentes señales de desesperacion al escuchar esta conversacion, poco á poco, Diana, no seas tan precipitada en obrar, porque ya sabes que el collar....

—No vacile vd., padre mio, en sacrificarlo todo por él. ¿Qué supone un poco de oro, cuando se trata de la vida de un hombre sin cuya generosidad vd. hubiera sido robado y yo perdida? ¿Qué quedaria á vd. de ese oro que regatea, si el capitán no le hubiera defendido contra la desenfrenada soldadesca?

El mercader, sobre quien Diana parecia ejercer una autorizacion absoluta, lanzó un profundo suspiro y calló.

—Ya solo falta arreglar los medios de salvar al marqués, replicó Diana dirigiéndose á los criados.

—Son bien sencillos. A media legua de aquí se halla en un bosque un camino de travesía que el gran preboste tomará infaliblemente, porque se ahorran casi dos horas; derribaremos un árbol y lo colocaremos de modo que atravesese todo este camino. El coche del preboste se detendrá; gritaremos al marqués que baje, montará un buen caballo que uno de nosotros tendrá preparado, y lo demás quedará á la ventura.

—¿Eso es! eso es! Qué felicidad!

—Yo tengo el caballo mejor del mundo para el efecto, añadió uno de los dos hombres, un caballo infatigable que puede correr dos horas sin tomar aliento. Lo doy por la miserable cantidad de cincuenta luises.

El judío bramó de cólera y dijo:

—¿Pero vds. se han propuesto sacarme hasta el último ochavo?

—Acepto todas las condiciones sin vacilar, replicó Diana. Cumplan vds. su compromiso con la misma lealtad y la misma exactitud que yo.

—Así lo haremos, no tenga vd. cuidado. Quien paga bien debe ser bien servido.

—Vamos, pues, á preparar la emboscada. Ellos la miraron con sorpresa.

—Pues qué, ¿quiere vd. ser de la partida y correr los peligros de la expedicion? ¿Pero ignora vd. que la colgaran como lleguen á sospechar siquiera que es vd. cómplice nuestro? Nada menos que la vida arriesga vd.

—¿Mi vida! ¿qué importa! ¿Ha vacilado él en esponer la suya por mí, pobre muchacha, oscura y desconocida? ¿Y temeré yo, para salvarle, esponerme á cualquiera peligro, yo que soy la única causa de su desgracia? ¡Oh! no.

—En ese caso monte vd. á caballo y venga con nosotros, porque el tiempo urge.

Diana no vaciló, á pesar de su natural timidez, en montar en un caballo fogoso y fiarse de dos truanes cuya vista sola le hubiera hecho un cuarto de hora antes temblar de espanto, abrazó á su padre y le dijo:

—Vuélvase á Caen, padre mio; si el viejo Elias no oye hablar de su hija adoptiva, ruegue á Dios por ella.

—Yo no te abandonaré, interrumpió el mercader. ¿Qué me importa la vida sin tí? El día en que tu muera moriré yo tambien. Marchemos.

—Buen hombre, dijo uno de los soldados poniendo la mano sobre el hombro del mercader, he ahí una palabra que le valdrá 25 luises de mas en el bolsillo. Me gustan los valientes, y aunque yo soy el diablo, todavia conservo en mi corazón algun sentimiento que le hace apreciar una buena accion. Monte vd. en un jaco y vámonos.

En la tarde de aquel mismo día, cuando el sol acababa de hundirse en su ocaso y la noche principiaba á aparecer, salió del castillo de Fontaine-le-Henry un coche, el cual tomó el camino de París y se dirigió, como lo habian previsto los soldados, hacia el de travesía de que

ya hemos hablado. La oscuridad era de las mas profundas cuando el coche llegó al bosque.

Juzgue el lector cuales serian las emociones que hicieron latir el corazón de Diana cuando oyó el ruido de las ruedas y los pasos de los caballos, cuando poco á poco se acercó este ruido y sobre todo cuando el cochero lanzó un grito de cólera y de temor, viéndose obligado á detenerse delante de la barricada imprevista.

En el desórden que causó la sorpresa de semejante acontecimiento, uno de los dos hombres salió de la emboscada, se lanzó en el camino, abrió la puerta del coche y murmuró:

—Señor marqués, un buen caballo le espera á dos pasos de aquí. Póngase vd. en salvo.

—Señor, respondió el joven oficial en voz alta, cualquiera que vd. sea, no se esponga por mí á peligros inútiles. Agradézcole el interés que le he inspirado, pero no puedo aprovecharme de su generosidad. Monseñor el gran preboste no ha querido emplear para impedirme la fuga otras precauciones que mi promesa de caballero: estoy, pues, prisionero bajo palabra. Sin embargo, á pesar de la inutilidad de su buena accion, crea vd. que le conservaré siempre una eterna gratitud.

Desde las primeras palabras del marques, habianse puesto los dos hombres en precipitada fuga. Solo Diana las oyó y recogió, porque el terror de Elias era tan grande que estaba casi sin conocimiento.

Mr. de Senancourt ayudó al gran preboste y á sus criados á separar el árbol que obstruía el paso, y solo así despues de cinco ó seis minutos de detencion pudo proseguir el carruaje.

Diana lo oyó dolorosamente partir, y tomando la mano de su padre:—Marchemos á París, exclamó, es preciso morir ó salvarle.

Elias obedeció suspirando: un suspiro era la sola resistencia que oponia siempre á la voluntad de su joven compañera.

El camino de Caen á París no tiene menos de cincuenta y cinco leguas; Diana y su padre lo anduvieron en tres días. Semejante viage, lejos de presentar hoy ninguna rapidez, pareciera por el contrario de una lentitud inverosímil; pero en el reinado de Luis XIV, al principio del cual pasan los sucesos de esta historia, era muy diferente. Como no habia postas regularmente, servíase uno de sus propios caballos para hacer un viage, y era menester de grado ó por fuerza pasar la noche en las posadas para dar á sus cabalgaduras el descanso indispensable.

Diana sufrió con resignacion el yugo impuesto á su impaciencia.

Finalmente en la tarde del tercer día, descubrió á lo lejos la ciudad á donde se dirigia con tanto ardor. Al llegar se alojaron en una de las casas mas humildes y solitarias de la calle Geoffroy-l'Asnier. Una anciana sentada en el umbral de la puerta, lanzó al verlos una exclamacion de sorpresa y levantó los brazos al cielo:

—Por Santa Marta, mi patrona, exclamó: bien pueden en adelante volver las golondrinas antes de la primavera, cuando el compadre Elias y su linda hija Diana entran en París dos meses despues de haberlo dejado. No esperaba á vds. hasta la entrada del invierno; pero no por eso les doy con menos gusto la bienvenida. ¿Supongo que no les habrá sucedido ninguna desgracia?

Necesitamos comprar varias cosas, pues las que sacamos de aquí, las vendimos en los primeros días, respondió Diana: venimos, pues, á completar nuestro surtido y pensamos volvernos inmediatamente.

—Nada importan los motivos que traigan á vds. por aquí, respondió la posadera. Martina Veron recibe á vds. con el mismo placer que siempre. Voy á dar á vd., compadre Elias, el cuartito de las dos alcobas que tiene las ventanas al jardín y que tanto gustan á su hija Diana. En

seguida les dispondré la cena, y esta cena, añadió guiñando el ojo con un aire de inteligencia, pueden vds. tomarla sin escrúpulo porque no hallarán en ella un trozo de tocino, y la carne la compraré en casa de su amigo, el viejo carnicero Samuel, que mata sus reses á la manera israelita y que vive detras de la plaza Real.

Una hora despues en efecto, la señora Martina subió á la habitacion de los viajeros la cena que les habia prometido. Elias comió de ella todo lo que el apetito le pedía, sin apercibirse de que á pesar de su programa, la posadera habia confectionado la salsa del guisado con la grasa de puerco, y que la carne no estaba sangrada como mandan los preceptos israelitas. Por lo que hace á Diana, apenas probó la cena.

Luego que la señora Martina dejó solos á Diana y al judío, sentóse aquella sobre las rodillas de su padre y le acarició dulcemente con sus manos pequeñas y blancas la lengua barba gris, sus mejillas tostadas y su frente calva.

—Dios nos bendecirá por haber llenado los deberes que nos imponia la gratitud, dijo ella leyendo en los ojos de su padre los cuidados y la inquietud.

—¡Que Jehová te oiga! respondió él con su suspiro habitual de resignacion: lo deseo ardientemente, pero no lo espero, porque hemos emprendido un proyecto cuyo resultado puede sernos muy funesto.

—El resultado será feliz, interrumpió Diana, sin participar por eso de la confianza que queria inspirar al buhonero.

—Somos pobres y desconocidos, pertenezco á una secta que todos desprecian aqui; ¿qué pueden valer nuestros esfuerzos para salvar á un gran señor cuya suerte depende del rey?

—David, pobre y débil pastor, venció á Goliath y se ciñó la diadema de Saul.

Elias suspiró, nada replicó y se levantó.

—Padre mio, antes que se retire vd. á su cuarto, quisiera que me concediese una gracia.

—¿Cuál? Habla.

—Que mañana temprano buscase vd. una mula con una silla de muger: quisiera que el jaez fuese decente, pero sin demasiado lujo. Necesito esta cabalgadura para ir al Louvre.

—Voy á alquilar dos mulas.

—Una sola, padre mio, porque quiero intentar yo sola la salvacion del marqués sin esponerá vd. á las fatigas y á los disgustos de esta empresa.

—Esta empresa te espone tal vez á grandes peligros, hija mia, y hé aqui porque quiero acompañarte. La proteccion de un viejo judío de poco ó nada puede servirte, lo confieso, pero al menos participará de tu suerte.

—Padre mio, tiene vd. el corazon mas noble del mundo, exclamó Diana con los ojos llenos de lágrimas y arrojándose en los brazos de su padre á quien cubrió de besos.

—Tu eres mi hija y yo te amo; hé aqui todo, respondió el viejo.

II.

A pesar del cansancio de un viage tan largo, Diana no pudo dormir aquella noche, presa de una agitacion y de un insomnio febril. Cuando rayó el alba, se levantó, oró largo tiempo á Dios con fervor y se puso en seguida á vestirse y aderezarse.

Cuando bajó de su cuarto, la señora Martina no pudo reprimir un grito de sorpresa, porque jamás la habia visto tan hermosa. Habias adornado con sus vestidos de fiesta, y aunque no fuesen sino los de una sencilla aldeana, habia sabido disponerlos con tanto gusto que añadian un verdadero encanto á toda su persona.

Algunos minutos despues llegaron las dos mulas. La posadera hizo una nueva exclamacion:

—¡Por Santa Marta, mi patrona: este es un tren de príncipe!

—Tengo que llevar algunas joyas á un sugeto muy rico de la calle de San Dionisio, se apresuró á decir Elias, y he pensado que para ser recibido convenientemente, era menester presentarse convenientemente.

—Y tiene vd. razon, compadre; reconozco en esto su destreza y astucia habitual, dijo la posadera. Dios le dé á vd. fortuna.

El anciano ayudó á su hija á montar en una de las mulas, se encaramó sobre la otra con una facilidad que no se hubiera esperado de un sexagenario y dió la señal de partida.

Hoy seguramente no serian indispensables mulas para andar el corto trecho que hay desde la calle de San Antonio al Louvre; pero en aquella época no estaban todavia empedradas muchas calles y no podia uno caminar, sin llenarse de lodo por aquellos barrios fangosos, sin aceras que protegiesen á la gente de á pie. No sin gran dificultad llegaron al cabo de su escursion y despues de haber cubierto de lodo de pies á cabeza á maese Elias su caballo, que pateaba en medio del arroyo á despecho de los esfuerzos del torpe ginete que lo montaba. Diana empero logró á fuerza de mil hábiles maniobras conservar intacta la limpieza de sus vestidos. Luego que llegó delante de la puerta del Louvre con aire desembarazado y resuelto, saltó de su cabalgadura, puso pie en tierra y quiso entrar.

Los dos centinelas se lo impidieron.

—¡Eh! no se entra de ese modo, dijo uno de ellos; quien apesar de su gesto áspero, procuró dulcificar su voz brutal, hablando con una muchacha tan bonita.

Elias que se habia aproximado viendo que impedían á su hija la entrada, alejóse un poco cuando notó la amabilidad de los soldados.

—Necesito hablar al rey, replicó Diana atrevidamente.

—Imposible es, hermosa niña, que vd. lo vea; si no tiene algun gran señor que le proteja é introduzca, todos sus esfuerzos serán inútiles.

Un sargento que habia notado la conversacion del centinela con la jóven, se acercó á ellos y dijo ásperamente:

—¿Desde cuando hablan los soldados estando de faccion? Ocho dias pasará vd. en un calabozo, y vd. niña, puede marcharse inmediatamente, ó hago que mis tambores la echen á correazos.

—Señor oficial, dijo ella, saludando al sargento; tome vd. esta pieza de oro que se le ha caido del bolsillo y acabo de recoger para devolvérsela.

—¿No he dejado caer dos? preguntó el sargento visiblemente amansado y embolsándose el ducado.

—Tres, si vd. quiere, con tal que me deje vd. entrar en palacio.

El sargento se retorció el bigote y reflexionó algunos instantes.

—Es una cuestion de vida ó muerte; es para salvar la vida á un militar como vd., se apresuró á contestar Diana, á fin de dar una salida favorable á la perplejidad del soldado.

—¿Y cómo se llama ese soldado?

—El marqués de Senancourt.

—¡Diablo! el tiempo urge: debe ser decapitado mañana.

—Dios mio! Dios mio! exclamó Diana poniéndose pálida.

—¡Llegado antes de ayer á Paris, juzgado esta mañana, ejecutado pasado mañana! El rey ó mas bien el cardenal lo quiere así; Tratar á los valientes que deservian legalmente la espada, como se trataria á cobardes y traidores!

—Ya conoce vd. que necesito hablar inmediatamente al rey.

—¡No lo veo muy facil. Sin embargo voy á decir una palabra á mi capitán, tiene excelente corazon y además ha

conocido al marqués: los dos han servido en el mismo cuerpo.

Diana vió en efecto al sargento conferenciando con su capitán. Este dirigióse sucesivamente á muchos oficiales del palacio, un movimiento de cabeza negativo acompañó la respuesta de todos aquellos á quienes interrogó.

—¡No hay esperanza! dijo el sargento volviendo á donde le esperaba Diana.

—Esta fuera de sí, no pudo contener por mas tiempo sus lágrimas.

En aquel momento los tambores batieron marcha, los soldados tomaron las armas y una dama joven, conducida en una litera y rodeada solamente de cinco ó seis personas de su comitiva, salió del Louvre.

Diana corrió á arrojarle á sus pies, y la dijo:

—Ignoro quien sois, señora; pero sois poderosa, tenéis entrada en la cámara del rey, espero que os apiadareis de mi desesperación.



Al pronunciar estas palabras se agarró fuertemente de la litera para impedirle que avanzase. La dama hizo seña á sus conductores que se detuvieran.

—¿Qué quieres de mí, niña? preguntó mirando de hito en hito á Diana y haciendo su pregunta con voz severa.

—Que obtengais del rey el perdón del marqués de Senancourt, replicó resueltamente Diana cuyos ojos no se bajaron á la mirada imponente de la que le interrogaba, porque el peligro de su protector daba atrevimiento y valor á aquella débil y tímida criatura.

—¿Qué ha hecho ese marqués?

—Se ha batido en un duelo.

—En ese caso es imposible toda esperanza.

El rey no quiere perdonar á ningún duelistas.

—¡Pero, señora, él se ha batido por protegerme! Si ha infringido las órdenes del rey, ha sido por librarme de los más infames insultos. Todo hombre que lleva una espada, no sería un cobarde sino defendiera á una muger sin protector?

—Nada puedo hacer por tu amante, respondió la da-

ma que parecía sin embargo tomar algún interés en lo que Diana le decía.

—¡Mi amante! replicó Diana levantándose con dignidad; mi amante! El señor marqués no me ha visto mas que una sola vez en su vida; el día en que tomé mi defensa.

La dama, que no cesaba de mirar á Diana, habia caído en una profunda meditación, de la que salió temblando, cuando la joven arrodillándose de nuevo, juntó las manos y exclamó con una voz interrumpida por los sollozos:

—¡Salvadle, señora, salvadle!

La dama hizo seña á Diana para que se levantara y se acercase mas á ella; en seguida inclinándose sobre el borde de la litera, la dijo:

—Escúchame bien y piensa que todas mis preguntas son serias.

—Os escucho como si escuchase al mismo Dios, replicó Diana.

—Para salvar al marqués, preguntó la dama, ¿tendrás el valor suficiente de obedecer pasivamente á todas las órdenes que te dé? Tal vez voy á esponerte á pruebas difíciles, á peligros terribles; tal vez te pida la vida.

Si alcanzo el perdón de Mr. de Senancourt, me pertenecerás en lo sucesivo en cuerpo y alma: este es el pacto indisoluble que formamos.

—Juro de obedeceros ciegamente y arrostrar gustosa todos los peligros á que deba esponerme por mi bienhechora.

—Está bien. Desde este momento debes principiar á obedecerme. Responde. ¿Desde cuando estás en París?

—Desde ayer tarde.

—¿Te conoce aquí alguno?

—Cinco ó seis personas solamente.

La dama frunció el entrecejo y pareció pensativa y disgustada.

—¿Quiénes son esas personas?

—En primer lugar mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Un mercader buhonero que llegó ayer conmigo.

—¿Y las otras personas son...?

—Nuestra posadera de la calle Geoffrey-l'Asnier, dueña de la posada del *Sol de oro* y llamada Martina, su marido y los mercaderes que proveen á mi padre, maese Pedro Rapachirt, fabricante de medias, y maese Nicolás Gosselin, el cuchillero...

—Está bien, no necesito saber sus nombres, interrumpió la dama cuya frente volvió á serenarse. Cúbrete el rostro con este velo, vuélvete á la posada y que nadie vea tus facciones antes de llegar á la calle de Geoffrey-l'Asnier. Allí, encerrada en tu cuarto, esperarás mis órdenes. La persona á quien dé esta comisión te pedirá mi vefo por vía de contraseña. La seguirás sin titubear después de haberte despedido de tu padre.

Llenáronse de lágrimas los ojos de Diana.

—¿Vacilas? preguntó la dama. Todavía es tiempo de romper nuestro pacto, si estás arrepentida.

—No, respondió Diana con voz firme; no. Debo sacrificarlo todo, todo para salvarle.

—Ea á Dios, hija mía, toma el camino del *Sol de oro*.

Diana besó la mano de su bienhechora, ocultó su rostro con el velo de la dama y fué á reunirse con su padre, inquieto por esta larga conferencia.

Apresuróse en ayudar á subir á Diana sobre la muía cuya brida habia tenido de la mano mientras que ella hablabá con los de la guardia del Louvre. Luego que echaron á andar quiso hacer algunas preguntas sobre lo que habia pasado á la pobre niña que parecía alterada por una viva agitación, pero Diana le impuso silencio, llevándolo el dedo á la boca, y aligeró el trote de su cabalgadura.

Llegado que hubo á la calle Geoffrey-l'Asnier, se quitó el velo para evitar que la ávida curiosidad de la señora Martina reparase en el cambio que habia sufrido su tocado, y guardó el precioso tisú en su bolsillo.

Cuando descubrió la posada del *Sol de oro* saltó ligeramente de la mula y dijo á su padre, que queria por un efecto de economía llevar él mismo las caballerías al alquilador.

—Dé vd. este encargo á un mozo de la posada, padre mio.

Elias suspiró, porque segun él era un gasto inútil pagar á un mozo para una cosa que él mismo podia desempeñar perfectamente, pero no por eso dejó de obedecer la orden de su hija y la siguió á su cuarto.

Allí Diana lo estrechó convulsivamente entre sus brazos y dió rienda suelta á sus lágrimas y suspiros.

—Padre mio, dijo, padre mio, probablemente nos separaremos.

Elias se desasíó bruscamente de entre los brazos de Diana.

—¡Jamás! Adivino tu pensamiento: vas á esponerte á peligros que no quieres compartir conmigo. Pero ¿qué me importan los peligros, si los arrostro por tí? Solamente aprecio mi vida para probarte mi afecto y mi ternura.

—¡Padre mio! ¡Ay! yo no soy dueña de mi destino.

Y contó en seguida al viejo bajo juramento el pacto que habia contraído con la dama desconocida.

—Pues bien; dijo él, somos dos para cumplir ese pacto. En lugar de un esclavo, tu señora tendrá dos. ¡Ah! ah! ella no sabe lo que el viejo Elias puede hacer; la serpiente no tiene mas prudencia y el perro mas fidelidad que él; daría lecciones de astucia y de malicia á la misma zorra. No necesitas mas que decirlo esto, hija mia, y no nos separará.

—¡Padre mio!

—El dia en que yo te pierda, moriré sin remedio. Salva la vida de ese marqués, pero déjame vivir!

—¡Padre mio!

—¡Tu padre! ya no soy tu padre! no quiero serlo! No lo soy! ¿Crees tú que eres mi hija? Yo, el padre de una ingrata! Jehová me libre de ello! Tú no eres mas que una huérfana comprada por mí á una gitana que te habia robado á tus padres, ó recogido sobre la gradas de una iglesia entre los niños abandonados.

Todavía me parece que la estoy viendo cargada de niños andrajosos, arrastrando á un muchachuelo por la mano, y llevándote en sus brazos. Tú lanzabas gritos dolorosos y la enfermedad y la miseria te habian dejado pálida, flaca y casi moribunda.

—Esa niña parece que está bastante enferma, la pregunté dejando caer en su mano la limosna que imploraba de mi caridad.

—¿Enferma? me replicó sonriéndose, diga vd. mas bien agonizando; no vivirá mas que dos dias.

—¡Y qué! repliqué, el estado de su hija no la inspira á vd. cuidado.

—Esta niña no es mia, interrumpió ella, yo no soy su madre; la he hallado en las gradas de una iglesia.

—Diga vd. mejor que la ha robado.

—Si no la he hallado en las gradas de una iglesia, me contestó sonriéndose, la encontrarán ahora mismo, porque voy á dejarla allí. Se la comerán los perros á no ser que la recojan por piedad.

Indignado y conmovido la dije:

—Deme vd. esa niña, y me encargaré de cuidarla y trataré de volverla á la vida. Si Dios la conserva la existencia, llegará á ser mi hija.

—Yo quiero venderla y no darla.

Arrojé una moneda de plata á esa infame criatura: te tomé en mis brazos y desde aquel momento te viste libre de los malos tratamientos de aquella horrible gitana, rodeada de cuidados y amada, en una palabra llegaste á ser mi hija.

Jamás te habia dicho este secreto, porque temia que sabiéndolo tú, dejarás de ser mi hija. Ahora que quieres abandonar á tu padre, te hago la revelacion de este se-

creto: para ahogar tus remordimientos, dirás: puedo abandonarle sin ser criminal porque no es mi padre.

—Diana pasó sus brazos al rededor del cuello del pobre anciano que lloraba y aproximando su venerable cara á la suya, le dijo:

—No por eso le amo á vd. menos, ¿pero no sería una hija indigna de su cariño y de esa tierna solicitud con que me cuida, si hubiese dudado un momento en sacrificar mi propia felicidad para salvar al que espuso su vida por defenderme? Escúcheme vd.; juro en nombre de Dios que me oye, suplicar á mi señora que cuente tambien con vd. para esas pruebas y peligros á que me destina. Yo la pediré de rodillas que me conceda esta gracia y no renunciaré á obtenerla hasta haber agotado todos los ruegos y suplicas.

Elias abrazó tiernamente á su hija, enjugó sus lágrimas y dijo:

—¡Ea! estás perdonada y te amo ahora mas que nunca.

Todavía hablaban cuando se abrió de repente la puerta y entró una muger tapada. No habia sin embargo necesidad que manifestase sus facciones para que Diana le reconociese; su continente y el sonido de su voz bastaron para darla á entender que tenia delante á su protectora.

—He cumplido mi promesa, ¿estás tú dispuesta á cumplir la tuya? preguntó la dama.

—Espero las órdenes de mi señora, respondió Diana arrodillándose.

—No me separeis de mi hija, balbuceó Elias prostrado. Soy un esclavo inteligente y fiel.

La desconocida hizo señal al viejo para que se levantara, le miró algunos minutos en silencio y dijo al fin:

—¡Sea! te tomo tambien á mi servicio. Tú amas á esta jóven y la experiencia ha emblanquecido tus cabellos; tú puedes secundar útilmente mis proyectos.

Seguidme los dos.

Algunos segundos bastaron á Elias para cerrar cuidadosamente su baul y tomar una bolsa llena de oro.

—Deja ese oro en tu cofre dijo la dama: si eres fiel é inteligente, si desempeñas bien la mision que voy á encargarte, te daré riquezas bastantes á satisfacer la codicia de un judío.

Elias obedeció, siguió suspirando á la dama misteriosa y apoyóse en el brazo de Diana.

La dama salió de la posada y se dirigió por la calle de San Antonio, siguiéndola á corta distancia Elias y su hija adoptiva. Luego que llegó detrás de la plaza real les hizo seña de que subiesen en un coche parado en una rinconada obscura. Sentáronse á su lado y el carruaje partió á galope, sin haber recibido el cocherero orden alguna de la que Diana estaba tentada á tener por una hada y Elias por un demonio.

III.

Después de haber andado cerca de ocho minutos, detúvose el coche detrás de un paderon y delante de una puercecita que pareció abrirse por sí misma cuando cesó el ruido de las ruedas. Un lacayo acudió á abrir la portezuela, bajó la dama, indicó á Diana y á su padre que la siguiesen y atravesó un largo corredor que solo alumbraba la luz que despedia una linterna que llevaba el lacayo. Llegaron por fin á una pieza solitaria, cuyos cerrojos descorrió la misma desconocida, después de haberse asegurado de que no habia nadie detrás de las puertas. Luego que tomó todas sus precauciones, volviéndose á Diana y á Elias, les mandó que se sentáran y fijando en ellos por algunos minutos sus ojos penetrantes, dijo:

—¿Me conoceis?

—No, señora, respondió al punto Diana.

Elias levantó la cabeza y lanzó á la que le dirigia la palabra una mirada rápida como una flecha: en seguida bajó sus párpados, volvió á dar á su cabeza la actitud pensativa que le era habitual y replicó:

—No tengo el honor de conocer á la señora.
—Y quién supones tú, que yo sea?
Elias la miró con desconfianza.



Cristina de Succia.

—Habla sin rodeos; yo aborrezco el artificio y la bellaquería, añadió la dama como tono áspero.

—Spongo que sois una señora poderosa y de alto rango.

—¿Y mi nombre, mi país, mis proyectos no los adivinas?

—No.

—Está bien; te prohibo toda indagación sobre este particular. Quiero que nada sepas de mí sino por mi misma y cuando tenga por conveniente decírtelo. Piénsalo bien; la cabeza de esta niña á quien amas con tanta ternura me responde de tu obediencia y fidelidad.

Elias al nombre de su hija se estremeció.

—Ahora nos toca á nosotros, Diana, añadió la dama; toma ese sombrero de hombre, envuélvete en esta capa de caballero y sígueme. Aquí está este otro disfraz igual para tu padre.

En seguida se disfrazó ella también con un vestido de la misma clase, tomó un paquete de papeles que había sobre una mesa, condujo al judío y á su hija al corredor por donde poco ha habían atravesado, llamó quedo á una puerta que giró sin hacer ruido sobre sus propios goznes; á corta distancia abrióse otra puerta. Diana tuvo que violentarse mucho para reprimir un grito... El marqués Felipe de Senancourt estaba allí, arrodillado delante de un crucifijo, orando con fervor y preparándose para la muerte.

La dama deslizó los papeles que llevaba en las manos de Diana y la empujó hacia el capitán.

Este levantó la cabeza, y viendo aquellas personas vestidas con capas militares, exclamó:

—¿Vienen vds. á decirme que todo está listo para mi suplicio? No podré ver al conde de Maurevers? Ahora mismo en la Bastilla me han separado bruscamente de él.

Como nadie le contestase, sonrióse y dijo:

—¡Ah! comprendo, nos veremos sobre el cadalso.

En seguida añadió con entereza:

—Marchemos, señores.

La dama le enseñó los papeles, que Diana tenía en la mano.

—¿Mi sentencia? Ya la he oído tres veces. Preferiría la presencia de mi confesor que en vano he pedido desde mi entrada en esta prisión.

La dama mostró de nuevo los papeles, los desarrolló y leyó en voz alta su contenido.

—¿Qué oigo! exclamó Felipe; una orden de próroga indefinida para mi ejecución! Una promesa de perdón completo dentro de un año, si la persona á quien debo el primero de estos favores, cumple con fidelidad contratos que ha jurado! ¿A quién debo, Dios mío, la vida hoy y pronto tal vez la libertad?

La dama con un movimiento rápido quitó el sombrero que ocultaba el rostro de Diana y dejó caer la capa en que estaba embozada.

—¡Esta joven! exclamó mirándola sorprendido; pero yo no la conozco, jamás la he visto.

Un temblor convulsivo agitó todos los miembros de Diana y llenáronse sus ojos de lágrimas.

—¿No reconoce vd. á la muger que ha protegido hace algunos días contra los insultos de una soldadesca grosera y desenfrenada? aquella por quien está vd. aquí, prisionero y condenado á muerte?

—Entre el desorden y confusión de la escena en que ví á vd. no era posible que reparase en sus facciones. Ahora ya no las olvidaré, porque permanecerán grabadas en mi corazón como las de una protectora á quien debo la vida. ¿Pero cómo es que la pobre niña que hallé hace tres días en Fontaine-le-Henry tiene el poder de alcanzar del rey una gracia que ha negado á su propio hermano?

—En eso estriba el secreto de Diana, respondió la dama finjiendo la voz y ocultando cuidadosamente su rostro debajo de las alas de su ancho sombrero de hombre. Señor marqués, besad la mano de vuestra protectora y despedios de ella. Dentro de un año lo más tarde vendrá á acabar su obra y á volveros la libertad.

Enrique fijó una rodilla en tierra, tomó la mano de Diana y la llevó respetuosamente á sus labios.

—Ignoro quien sois, señora; pero la protección que me dispensais me hace creer que vuestro humilde traje no es más que un disfraz; pero cualquiera que sea vuestro rango, mi corazón y mi vida os pertenece.

—Señor marqués, interrumpió Diana con voz en un principio trémula y alterada, pero que poco á poco tomó seguridad y firmeza, no se forme vd. acerca de milusiones de que quizá pueda arrepentirse algún día. Yo no soy más que una pobre muchacha del pueblo, hija de un buhonero, de un judío; vd. me ha protegido contra un insulto y Dios se ha dignado por un milagro todavía inexplicable para mí, ponerme en disposición de salvarle. Yo soy quien debo arrodillarme delante de vd. para pedirle perdón por los sinsabores que ha pasado y por la prisión que le queda todavía que sufrir. Adios, señor.

Y salió llorando.

La dama la cogió por la mano y la acompañó á la habitación donde antes habían estado.

—No llores, hija mía, la dijo, no llores. Amas al marqués, no trato de contrariar esta pasión. Vas á esponerte á grandes peligros; pero si triunfas de las pruebas que te esperan; la hija de un buhonero llegará á ser una dama tan poderosa y tan alta que Felipe no se atreverá á aspirar á su mano. Ten valor y espera.

—Señor Elias, déjenos vd. Entre vd. en esta pieza inmediata donde podrá cenar y acostarse en seguida, pues vá á emprender un viaje largo é incómodo, para el que un poco de sueño le preparará convenientemente.

El viejo obedeció y las dos mugeres quedaron solas.

—Ahora, Diana, dijo la dama, pongamos manos á la obra.

En seguida desató los hermosos cabellos que Diana llevaba como todas las muchachas de su clase, anudados con cintas sobre las sienes, é hizo con ellos tirabuzones largos y ligeros. Despues la despojó de su zagalejo y de su casaquilla de buriel, aprisionó con un estrecho corsé su flexible talle, y la puso un vestido de terciopelo que dejaba ver sus espaldas y su pecho, segun la moda de las grandes señoras de la época.

Luego que de este modo ajustó á la pobre muchacha, se quitó de su propio cuello el rico collar de diamantes que llevaba, y adornó con él á Diana, y desprendiendo de sus propios dedos las sortijas, las pasó á los de aquella que vestía y engalanaba, con una destreza y vivacidad que hubiesen admirado á la mas habil camarera.

Cuando concluyó, dijo á la hija del buhonero que la dejaba obrar estupefacta: ahora, hija mia, es menester que aprendas á llevar como se debe esos adornos que te hacen mucho mas linda que con tu vestido de mercadería. Mira como debes separar con el pie la cola de tu vestido para que no te haga caer; cuando subas al coche levantarás los pliegues del vestido, de modo que no dejes ver mas que la punta de tu piecico que envidiaría una princesa.

Pasemos á instrucciones mas graves.

Vas á hacer un largo viaje. Tu padre y un anciano serán los únicos que sepan tu secreto. Los lacayos que te rodearán, las mugeres que te servirán, te tomarán por otra persona y no deben ser desengañados. Fingirás que estás triste, que padeces; y por este medio evitarás todo lo posible el hablar. No te admires de nada; ármate de presencia de espíritu y pon una absoluta confianza en el anciano de quien te he hablado. Es menester que le obedezcas ciegamente, comprendas ó no sus órdenes. Eres discreta y valiente: estas dos cualidades bastan para que salgas felizmente de los peligros á que te espongo; pero te protege un talisman mas poderoso aun, el cual destruye todo temor sobre el éxito de los proyectos que fio á tu cuidado.

—¿Cuál es ese talisman? señora.

—Tu amor á Felipe.

—Diana volvió la cabeza ruborizada.

—Ahora te toca á ti ayudarme en mi tocador. Quiero ponerme tu vestido de mercadería; tal vez tenga pronto necesidad de llevarlo.

Inmediatamente puso mano á la obra; hizose el mismo peinado que tenia Diana antes de su transformación de simple mercadería en señora, cubrió su pecho con un pañuelito de hilo y substituyó á su magnífico vestido de terciopelo el de lana de color oscuro de Diana. Cuando colocó sobre su cabeza el velo de estameña, miróse en un gran espejo de Venecia y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Este tocado, este vestido me sienta divinamente, dijo ella, parece que tengo menos edad. No importa, continuó. Yo no tengo ni la frescura ni el brillo de tus diez y seis años. Mañana mis criadas, tomándote por mí, te dirán que jamás ha sido mas linda su señora, y sin embargo apenas me han visto. La casualidad ha favorecido á mis proyectos, solo están en mi servicio desde ayer y todas cuatro son francesas.

La dama añadió á las instrucciones que ya habia dado á Diana otros muchos encargos y recomendaciones, insistiendo en una multitud de reglas de etiqueta y repitiendo sin cesar:

—No obedezcas ni hagas sino lo que te aconseje el anciano que te acompañará y á quien prestarás una sumision ciega y pasiva. El éxito de nuestra empresa, tu vida y la de tu padre están entre sus manos.

Entre tanto llegó el día, y á las seis de la mañana llamaron quedo á la puerta. Abrió la dama y vió entrar á un viejo de alta estatura y severa fisonomía. Saludó profundamente á Diana y se arrodilló para besarle la mano. La

dama no pudo contener una carcajada, volvióse vivamente y entonces el viejo conoció su error.

—Vuestra astucia, señora, me ha engañado completamente, dijo tributando á la desconocida los honores mas respetuosos. Habia tomado á esta jóven por vos misma, y esta equivocacion es un buen agüero para nuestros designios.

—Manos, pues, á la obra, exclamó ella alegremente, á Dios, mariscal. Diana, el marques de Senancourt será tu recompensa.

La dama en seguida se puso á hablar en voz baja con el viejo y desapareció.

Este abrió la puerta de la alcoba de Elias, quien perfectamente afeitado y vestido con un rico uniforme militar se adelantó hacia la jóven. En el mismo acto el mariscal tomó de la cintura de Diana un silbato de oro, pendiente de una larga cadena del mismo metal, y pitó tres veces. Inmediatamente se presentaron cuatro mugeres haciendo profundas reverencias.

—Vuestra ama vá á partir ahora mismo para un largo viaje: que todo esté dispuesto para dentro de media hora. Vds. marcharán detras en un segundo coche. Este viaje debe ser un secreto para todo el palacio.

Estoy seguro, añadió, cuando salieron, que nadie ignorará dentro de cinco minutos este secreto; precisamente esto es lo que yo quiero.

Al momento sirvieron á Diana un suntuoso desayuno, y repasando esta en su imaginacion todas las instrucciones de la desconocida, se manejó de manera que no inspiró la menor sospecha á las personas que la rodeaban, y todas creyeron que servían á su verdadera señora y ama.

Concluido el desayuno el mariscal presentó su brazo á Diana; esta descansó en él su mano como la habia enseñado la dama misteriosa y los dos se dirigieron á una galería debajo de la cual esperaba un coche tirado por seis caballos.

Apenas se presentó Diana en la galería, los tambores de la guardia batieron marcha, sonaron las cornetas y todos los centinelas presentaron las armas.

Diana se sentó en la testera del coche, el mariscal se colocó á su lado é hizo señal al judío para que ocupara el asiento delantero.

El coche partió con celeridad. Entonces conoció Elias que se alejaban del Louvre.

E. BERTHOUD.

(La conclusion en el número inmediato.)

EPITAFIOS SEPULCRALES.

Debemos á la condescendencia de un amigo la copia que insertamos á continuacion de varios epitafios que existen en la Santa Iglesia patriarcal de Lisboa. Lo curiosísimos que son algunos, y la circunstancia de hallarse en un idioma que aunque no es el nuestro se comprende perfectamente, nos ha decidido á darles cabida aprovechando un pequeño espacio que nos dejaba el ajuste de este número. Suponemos que han de ser del agrado de nuestros lectores á quienes no podrá menos que escitar á risa el contenido de los mas de ellos. He aquí la copia exacta:

1.º «Aqui yaz quen foi vivo, é ya é morto, é ainda «que é morto, vive, por que ó mundo tembra en oír suo «nome.»

2.º «Aquí yaz ó corpo de ó señor Basco Barreto, morreo con consentimento de Deus, muito contra sua vontade. Vos encomenda un Ave Maria.»

3.º «Aquí yaz el osamento de ó corpo de Jorge Sequeira, vecino de Lisboa; non vos acordeis que mais os vereis en ninguna terra nova.»

4.º «Esta es morada de Alfonso Bragados, é de una muller Branca Diaz, é despois de quen quierirs; morren chamando á Deus é á ó rey de Portugal.»

5.º «Este é ó albergamento é sepulcro de Sra. Doña Maria, muller de ó Sr. Nuño Peyota, morreo porque Deus quiso, que si Deus non quisera, aínda fora viva. «Laubado seya N. S.»

6.º «Aquí yaz Biguo Gonzalez, muito contra sua vontade se morreo; morreo porque Deus quiso, que si Deus non quisera, aínda fora vivo hasta ó fin de ó mundo.»

7.º «Aquí yaz á bella Maria de Frangaño que fizo muitas esmolos á os pobres de N. S. morreo porque naon subo Deus, que ha morto ó Preste Juan.»

8.º «Aquí finca á mellor cosa de Castela, ó Sr. obispo, de Mérida natural D. Gonzalo Alfonso; naon quiso ser castesao por non caer en desgracia de Deus é de N. S. J. C.»

9.º «Aquí yaz Jorge Filgueiras; naon ó mató Deus porque el se mató deitándose por unas chanelas.

10. «Aquí yaz Alfonso Gallego; morreo por honra de Deus ó por la de ó Diabro.»

11. «Aquí yaz ó corpo santo de ó Sr. D. Joan Pereira, capitan de ó galeon cagafogo, foi santo, pois naon pegó fogo á todo ó mundo, pois tenia poder para facerlo.»

12. «Aquí finca un home; é aínda que foi home naon é home; é pois ya naon é home, naon ten home. Gloria Patri. Amen.»

13. «Aquí yaz ó rey D. Joan, rey de allem é de aquem; é despois que morreo ya naon é rey, mais ó día de juicio ó seirá, conquistando á todo ó mundo, ó rebaís de ó mundo. Tembre ó Diabro; folguese Deus.»

14. «Cabaleiro, de á casa de ó rey D. Joan, aquí dormendo para sempre, ninguén pase por acima de elle porque naon reciba detrimento.»

15. «Aquí yaz ó mellor músico de ó mundo, chamo-lo Deus muito rogado para maestre de su capilla; é aínda foi logo elle sin sua viola.»

16. «Aquí yaz ó mellor cantor de ó mundo; chamole Deus para cantar con sus anjos, é dijo Deus á os anjos: merda para vos, que mellor canta ó portugueseis.»

17. «Aquí yaz Basco Figueiras, cabaleiro muito honrado; naon morreo nas guerras, naon con moros peleyando; mais morreo na cama, como home muito fi-dalgo.»

HISTORIA NATURAL.

LA CHELIDE MATAMATA.

Apenas llegado á Guyana me apresuré á recorrer el país, á fin de recoger el mayor número posible de objetos de historia natural. Un día que el calor era estremado me senté para descansar un momento á la sombra de un árbol, junto á un arroyo, cuyas ondas transparentes perdíanse murmurando dulcemente en un pantano que estaba á algunos pasos de distancia. Me abandonaba ya á aquellos gratos ensueños en que la imaginación transporta al viajero al seno de su patria y al hogar paterno, olvidando el áspero clima en que el amor á la ciencia me hacía respirar una atmósfera inflamada; cuando un horrible mugido me hizo temblar de pies á cabeza. Este horrible grito, parecido á la atronadora voz del león, salía de un cañaveral muy inmediato, de modo que al primer momento de terror me resolví á huir; pero pensé luego que el enorme cocodrilo (tal lo juzgué por la voz) no habría reparado en mí, y que al menor movimiento que yo hiciese me apercibiría, se lanzaría sobre mí y me deboraría: en parte por prudencia y en parte por miedo me quedé completamente inmóvil y con los ojos fijos en el cañaveral, no muy lejos del cual apareció un objeto muy distinto del que me temía. Era este un ser de los mas singulares que conoce aquel extraño país, la *chelide matamata* (*chelys matamata* DUMER), el mas extraño de los animales extraordinarios conocidos bajo el nombre general de tortugas: corría con una ligereza muy distinta de la proverbial pesadez de los demas animales de su género, mirando á uno y otro lado como si tratase de buscar alguna cosa. Pasó á dos pasos de mí, y hubiera yo podido considerarla con atención sin un nuevo mugido mas fuerte aun que el primero que hizo temblar los contornos, y volvió á desconcertarme. La *chelide* se detuvo de repente, dirigió sus ojos hacia el punto de donde venía el grito, y en seguida se hundió en

lo mas espeso del cañaveral. Atribuí todas estas correrías á la estupidez que se cree característica de las tortugas, no dudando de que la pobre *chelide* se iba á poner en las garras del monstruo. Antes de llegar al desenlace de esta escena procuraré daros una idea de la *chelide matamata*. Su longitud es de dos pies y medio poco mas ó menos; su concha ó coraza muy poco convexa, de color castaño con varias líneas en forma de radios y erizada de eminencias piramidales. Sus aberturas eran muy pequeñas, de modo que no pudiendo ocultar su cabeza, veíase obligada á torcerla é inclinarla sobre su concha cuando necesitaba descansar. Sus ojos, situados casi en la cima de la cabeza, estaban defendidos por párpados cortados oblicuamente; su hocico se prolongaba, convirtiéndose en una pequeña trompa muy singular; pero lo que presentaba mas curioso era una hermosa franja acuchillada, comparable al mas precioso bordado, que le ceñía todo el cuerpo. Esta franja circuye sus dos orejas muy altas y muy tiesas, pareciendo una especie de crin, y debajo del labio inferior casi carnudo hay un buen par de mostachos. Su cola es corta, sus patas medianamente palmeadas y sus dedos armados de uñas fuertes, largas y torcidas. La parte inferior de la cabeza, del cuello y del pecho eran de color amarillo verdoso, con líneas y puntos negruzcos; la superior del cuello y de sus piernas de un color anaranjado muy brillante, con bandas verdosas bordadas de negro, en una palabra lucía el animal un soberbio traje que inspiraba sin embargo, como el de la mayor parte de reptiles, una repugnancia difícil de explicar. Apenas habia entrado en el cañaveral, cuando los horribles mugidos resonaron mas y mas y se sucedieron sin interrupción, hasta que ví mover las altas yervas, dándome á entender sus ondulaciones que el monstruo iba á parecer á poco trecho de mí. Erizáronse mis cabellos, un sudor frío bañó mi frente, y aunque me hubiese propuesto huir, mis piernas se hubieran resistido. Pero en el momento en que creía ver el horrible cocodrilo

venir á devorar á mis pies su desgraciada víctima, se me presentó.... Vas á reírte, curioso lector, pero por mucho placer que te cause la presente anécdota no sentirás la milésima parte del que esperiménté cuando vi que el monstruo que se presentó era ni mas ni menos que una rana, su tamaño era en verdad el de un pequeño conejo, y pertenecía á la especie llamada *rana mugidora* ó *rana toro* (*rana taurina* Cuv.), por asemejarse su voz á la de un buey y hacer resonar los ecos con la misma fuerza. Era verde, jaspeada de negro, y con una línea amarilla á lo largo de la espalda.

La *matamata* que le hace una guerra á muerte para alimentarse con ella, habia reconocido su voz y con el fin de sorprenderla habia entrado en el cañaveral con la rapidez que he descrito. La habia cogido por una pata trasera, y á pesar de los esfuerzos de la desgraciada víctima para engancharse en las cañas, iba á transportarla al lugar en que mas cómodamente pudiese tragársela. Me hubiera sido fácil libertar á la rana y apoderarme de su enemiga; pero conservaba cierto odio á la primera por el miedo pueril que me habia causado, y así es que dejaba á la tortuga el cuidado de vengarme, pues mi pasada debilidad me ruborizaba, y es sabido que no perdonamos á los que nos obligan á avergonzarnos de nosotros mismos.

Con todo esto, la *matamata* no ataca siempre á animales de tanto tamaño, y se ve precisada á contentarse con caracoles, gusanos, salamandras acuáticas, y otros pequeños reptiles semejantes. Andan muy bien y nadan mejor, mas no se las encuentra sino junto á las aguas estancadas, como las lagunas, los grandes charcos, etc.

Al llegar la primavera forma con sus patas un aguje-

ro redondo en un lugar caliente, espuesto todo el día á los rayos del sol, y lo mas cerca posible del agua. Depone allí una docena de huevos, mas ó menos, segun su edad; pues empieza á aovar antes de haber alcanzado la cuarta parte de su ordinario tamaño: los huevos son esféricos, blancos, y envueltos en una cáscara dura y calcárea como los de los pájaros. Despues de haberlos puesto, abandona para siempre el depósito que ha confiado á la tierra; de modo que cuando los nacientes animales han roto la cáscara tienen mil trabajos en poder llegar al agua, viéndose espuestos además á ser tragados por los mamíferos carnívoros que van sin cesar al rededor del agua, no menos que de las aves de rapiña.

La *matamata* tiene, como las demás tortugas, una vida sumamente tenaz que es difícil acabar por medio de heridas, y vive, anda y nada muchas semanas despues de haberle cortado la cabeza. He conservado viva en mi jardín durante muchas semanas una tortuga de Europa, á la cual habia quitado enteramente el cerebro por medio de un agujero en el cráneo; sin embargo, paseaba, comía, cazaba gusanos y llenaba todas las demás funciones de la vida, como si se hubiese hallado en su estado normal; y no dudo que la hubiera conservado por mas tiempo si no la hubiesen abreviado los rigores del invierno.

Muchas, y tal vez todas las tortugas de mar, tienen una fuerza de reproducción sumamente pasmosa: cuando se les arranca un ojo, les sale al cabo de cuarenta ó de cincuenta dias, segun el calor de la estacion, otro tan completo, tan límpido como el primero, y que como este les sirve para ejercer todas las funciones visuales.



(La Chelide Matamata.